

UNA MOTA DE POLVO

CLARK CARRADOS

Una mota de polvo

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/222

CAPÍTULO PRIMERO

La puerta se cerró con tan fenomenal estruendo, que por un momento llegué a temer por la integridad de mi delicado cerebro positrónico, pese al revestimiento de esponja de goma que lo protege.

Vibraron los cristales y sonaron, tableteantes, unos tacones femeninos en la habitación contigua. Una potente e iracunda voz masculina lanzó un sonoro bramido,

— ¡Jackie, ven aquí! ¡TE DIGO QUE VENGAS, JACKIE!

Los pasos se acercaron y la siguiente puerta se abrió con tanta violencia como se había cerrado la anterior. Una mujer apareció ante mí y procuré adoptar la deferente actitud que en todo momento corresponde a un robot cuando está en presencia de un humano.

Los ojos de la muchacha — pues apenas habla cumplido los veinte años — centellearon de ira al verme.

¡Kabé, maldito saco de tuercas!—exclamó, enojadísima—. ¡Otra vez escuchando detrás de la puerta!

Me incliné ligeramente.

—Lo siento, señorita Peabody, pero mis sensibles células auditivas...

—Tus células auditivas, ¡un cuerno!—exclamó la muchacha—. No trates de excusarte; te puso ahí mi padre para...

La puerta volvió a abrirse de nuevo. Un hombre cruzó el umbral y se detuvo frente a nosotros dos.

¡Jackie!—dijo, enojadísimo—. Te estaba llamando.

—Y yo no quería oírte — contestó ella, volviéndole la espalda.

El rostro del humano se congestionó.

—Vas a obligarme a darte una buena zurra en las asentaderas, muchacha.

—Sólo te faltaría ya golpearme — contestó ella—. Añadirías la crueldad física a la mental. ¿Y después? ¿No hay por ahí una mazmorra donde echarme cuando hayas terminado?

El señor Peabody abrió y cerró las manos convulsivamente. Era evidente que estaba al borde del estallido, y sólo el autodominio que le habían proporcionado largos años de esmerada educación le impidieron prorrumpir en violentos denuestos contra su propia hija, la encantadora señorita Josephine Peabody, más familiarmente conocida por el nombre de Jackie.

—Y además — continuó ésta—, no sólo gozas con torturarme la mente, sino que al tormento psíquico añades la continua presencia de este amasijo de válvulas, viguetas de acero y piel sintética que es Kabé, para que me esté espiando continuamente y te suministre continuos informes del menor paso que doy, ¿no es eso?

El señor Peabody — cuarenta y ocho años muy bien llevados, agradable presencia y saneada fortuna—, trató de ser conciliador.

—Por favor, hija, procura avenirte a razones. Demasiado sabes que...

—No quiero saber nada, papá — exclamó ella, voluntariosa—. Tú nunca te ocupas más que de ti, de tus negocios, y, últimamente, de tus aficiones políticas. ¿Cómo quieres que escuche tus razonamientos si tú no los tienes conmigo?

El señor Peabody me miró, como diciendo: «Ya ves, Kabé, qué hija tengo. Se le nota la falta de una buena madre y es que yo, ocupado con mis cosas... Pero si no hubiese trabajado, nos hubiéramos muerto de hambre y...»

Hice centellear mis células visoras suavemente, como enviándole un mensaje de ánimo.

Robert Peabody continuó;

—Hija, hazte cargo. Ya sabes que hace tiempo me metí en la política. Es el fin natural de un hombre de mi posición. He conseguido la gobernaduría de Urano. Total son dos años; esto pasa pronto, y luego es muy probable me postulen para la presidencia de la Unión Planetaria. ¿Es que no te gustaría ser la hija del presidente?

—Lo que no me gusta es encerrarme en aquel condenado planeta, a dos mil setecientos millones de kilómetros de la Tierra. Siempre de noche, metidos bajo tierra, sin poder ver nunca la luz del sol, ni respirar el aire puro, ni ver una sola planta..., ni aun cactus, que los detesto hasta morir... ¿Crees que eso es vida para una chica de veinte años, papá?

—Tu puesto está junto a mí, Jackie, en tanto no tengas un marido a quien cuidar.

— ¿Y quién me va a querer a mí? — hipó ella incongruentemente—. Soy baja, fea, bizca y tengo las piernas torcidas... Ni siquiera por mi dinero se casarían...

Los ojos del señor Peabody se desorbitaron.

En cuanto a mí, como cada vez que escucho una mentira gordísima, tuve que enviar unas cuantas unidades de refrigeración a mis circuitos, so pena de permitir se me fundiera alguna bobina. Es que, verán, Jackie Peabody era exactamente todo lo contrario de lo que acababa de decir, y, además, tenía un pelo bellísimo, de color negro de humo, y unos ojos... ¡ay, mi fabricante, qué ojitos! ¿Por qué uno no será a veces un humano, en lugar de un destartalado robot?

—Hija, desde que hemos empezado la discusión no haces más que decir sandeces. ¿Qué tienen que ver ahora tus cualidades físicas con lo que estamos hablando?

—Pues mucho, porque Urano es un desierto y no encontraré allí un chico ni para un remedio que...

El señor Peabody se llevó las manos a la cabeza.

— ¡Urano un desierto! ¡Si viven ya cerca de cuatro millones de personas! ¡Tendrás todos los muchachos que se te antojen para divertirte! Al contrario, lo que tendrá que hacer Kabé será espantarte los moscones de tantos que te rodearán en cuanto te vean. ¡La hija del gobernador! ¡Soltera, bonita, veinte años y una fila impresionante de

millones! Pero ¿qué más puedes desear, hija?

Jackie se acercó a una mesita donde habla un enorme frutero lleno de frutas de todas clases y empezó a picar de unas excelentes uvas de Almería — legítimas, no sintetizadas.

—Que me dejes en la Tierra — repitió tercamente.

—Pero, Jackie, eso no puede ser. Tú debes comprender lo que es la política... Soy viudo..., no tengo a nadie a mi lado sino tú... Tendrás que hacer los honores de la residencia gubernamental cuando de fiestas y recepciones..., serás la primera dama en Urano... Incluso puedo pedir que habiliten créditos para ti, como personaje oficial...

—No quiero ir.

El señor Peabody empezó a someterse a un severo, aunque poco nutritivo régimen alimenticio de uñas. Miré a las paredes, procurando apostar conmigo mismo dónde atizaría el primer mordisco.

—Kabé, tú que lo sabes todo... ¡ejem!, casi todo, ¿qué me aconsejas para reducir a esta díscola damita?

—Si fuera un humano, señor Peabody, le daría una receta. Pero mi condición robótica me lo veda.

—Ya lo sé. Una buena paliza. Pero eso no haría sino entercarla más y más. No —murmuró pensativo—, ésa no es la solución.

—Cómprele un espacioyate. Usted puede hacerlo—sugerí respetuosamente.

—No le gusta viajar por el espacio. Si fueran unos esquíes acuáticos..., pero ya tiene.

Jackie terminó con las uvas y se lavó los dedos en un aguamanil que había sobre la mesa. Se los enjugó a continuación y luego extrajo un cigarrillo de una cajita preciosamente esmaltada.

—Fuego, Kabé.

—Sí, señorita — murmuré, acercándole la llama de mi encendedor.

El señor Peabody miró a su hija.

—Bueno, decidámonos de una vez. Tengo que enviar hoy mismo mi respuesta al Secretario de Estado. ¿Qué me contestas?

Jackie meditó, en tanto contemplaba las nubecillas de humo que brotaban de su cigarrillo.

— ¿Dices que dos años? — exclamó al cabo.

—Claro que sí — contestó esperanzado el señor Peabody—. Es el término legal de toda gobernaduría. Y para mi carrera...

Jackie agitó la mano.

—Tu carrera política, por ahora, no me interesa. Dispensa la franqueza, papá, pero ya sabes que yo soy así.

—Como tu madre, igualita — suspiró melancólicamente el señor Peabody.

—Bien, accederé a ir..., con una condición,

— ¿Qué quieres que te compre, hija? — preguntó ansiosamente el señor Peabody.

— ¿Comprar? Oh, nada — dijo la muchacha ensoñadoramente—. Nadie ha hablado de comprar nada. Lo único que deseo es que me busques una doncella.

El señor Peabody se quedó sin habla.

En cuanto a mí, noté una peligrosa recarga del voltaje interno de mis válvulas, que hube de rebajar mediante una oportuna descarga contra el suelo, a través de un orificio especial que tengo en uno de los pies para tales emergencias.

— ¿Una doncella? — repitió atónito el padre de la chica.

—Eso es. O una criada, como quieras llamarla.

— ¡Pero si ya tienes a Kabé!

— ¡Kabé es un hombre!

— ¡Kabé es un robot!—chilló el señor Peabody—, Hace todo y es de entera confianza. Puedes mandarle todo lo que se te antoje, siempre que no esté en contradicción con las leyes robóticas fundamentales que le han sido inculcadas. ¿Para qué mil diablos quieres una doncella?

—Pues... para tenerla — replicó Jackie con toda frescura—. Kabé

podrá ser un robot, pero tiene toda la apariencia de un humano varón.

—Te conseguiré un robot con apariencia femenina. ¿Cómo lo quieres…, alto, bajo…, con cara de viuda…?

—De carne y hueso, papá. No más robots; con Kabé tengo más que suficiente.

El señor Peabody volvió a sus uñas, pero pronto se dio cuenta de que ya no le quedaban.

—Kabé — gimió—, quiere una doncella de carne y hueso, Ni el presidente la tiene…, y ella la desea.

—Y si no, no voy a Urano, papá.

—Me arruinarás.

—No te quejes, gruñón. En cuanto se ha hecho pública la noticia de tu posible nombramiento para el gobierno de Urano, las acciones de la Consolidada de Aceros Peabody han subido veinte puntos de golpe. Bien puedes, pues pagarme esa doncella.

El señor Peabody me miró con aire lamentablemente lacrimógeno.

—Kabé — dijo—, entérate a qué hora se abre el mercado de esclavas en la Arabia.

—No hace falta que recurras a tales extremos — dijo la muchacha desdeñosa—. Eso se acabó hace ya más de un siglo. En cuanto pongas un anuncio en el visidiario, tendrás las aspirantes a montones. Ya lo sabes; cuando lo hayas conseguido, avísame y accederé a ir a Urano.

Con la mano en el pomo de la puerta, se volvió hacia nosotros.

—Ah, papá, te dejo la elección…, claro está que el aspecto físico tiene cierta importancia. No me la vayas a elegir como yo…, baja, gorda, bizca y con las piernas arqueadas. Hasta luego, papá. Hasta luego, Kabé.

Me incliné respetuosamente, como cuadra a un buen robot.

—A sus órdenes, señorita Peabody.

Cuando Jackie se hubo marchado, su padre se volvió hacia mí.

— ¿Has visto, Kabé?

—Sí, señor, y si me permite la confianza, pise a nuestra diferencia de constitución fisicopsíquica, le diré que la tiene muy mal criada.

—Tienes razón, Kabé —gruñó el señor Peabody, descontento—. Pero ¿qué quieres que haga? Su madre murió cuando ella tenía pocos años. Yo… bien, ocupado en mis negocios, no he tenido tiempo de darle otra madre…, y además creo que ella no la hubiera aceptado. El caso es que se ha criado como un potrillo salvaje…, y menos mal que en los últimos tiempos viniste tú. A ti te hace algún caso, Kabé.

—No siempre, señor — murmuré.

—Pero si alguna vez. A mí, nunca. Dame un cigarrillo, Kabé.

—Sí, señor.

El dueño de la casa —artesonados de roble puro, cristal auténtico y paredes de legítimo estuco— empezó a pasear nerviosamente por la estancia.

—Ya tenemos un asunto solucionado. Telefonearé al Secretario de Estado, comunicándole mi aceptación para el cargo. Espero que el Congreso no me dé la patada.

—Hay mayoría planetaria, señor.

—Eso es lo que me temo precisamente, Kabé. Yo pertenezco al partido Integrista, como tú sabes muy bien. «Nueve Planetas, Un Sistema, Una Nación». Ellos sostienen el lema contrario: «Nueve Planetas, Nueve Naciones». Y la Federación, como máximo, pero la mayoría de sus líderes prefieren la separación por planetas.

—Confieso que no estoy muy versado en política, señor — confesé humildemente.

—Pues es bien sencillo — rezongó el señor Peabody —. El Congreso quizá me acepte para ponerme la zancadilla. Últimamente, las cosas no han rodado muy bien en Urano, como sabrás sin duda por las noticias del visidiario. El anterior gobernador — ahora está el vicegobernador en funciones, y pertenece a los planetarios —, metió la pata más allá de todos los límites humanos. Quizá, entonces, aprueben mi nombramiento, con ánimo de hacerme tropezar a mi también. «¡Fracaso de los Integristas!», chillarán entonces. «Sólo nosotros, los independentistas, podemos resolver la situación. Un gobierno independiente para cada planeta. Y cada planeta una nación». La gente, la masa, no ve más allá de sus narices; sólo estima a sus

elegidos por los resultados, y no se da cuenta de que todos somos humanos y que estamos expuestos al fracaso. Pero no advierten que escindir el Sistema Solar en nueve naciones es ir a la ruina, tanto política como económica.

—Entiendo perfectamente sus razones, señor, y dentro de lo que cabe en mi condición de máquina, las apruebo totalmente.

—Gracias, Kabé—Robert Peabody meneó la cabeza—. Iré a Urano y procuraré hacerlo lo mejor que pueda en bien de mi partido, y, en definitiva, de la humanidad misma.

—Sus ideales son altamente elogiables, señor.

—No me des coba, Kabé —gruñó el dueño de la casa—. Lo hago porque lo siento y porque creo que así deben ser las cosas. Primero se empezó con una pareja humana; luego, con una familia, y después con un conjunto de familias, llamado tribu... Varias de éstas se reunieron y formaron una nación. Las naciones formaron una entidad superior, una supra nación..., que luego se convirtió en Planeta-Nación..., y ahora, el interés supremo es conseguir que todos los planetas se constituyan en una sola entidad: el Sistema-Nación, con un gobierno único, centralizado en la Tierra o donde sea, pero con una sola cabeza rectora, en lugar de nueve directores, que cada uno tirará por su lado, atento más a sus propias conveniencias que al bien de la comunidad a la cual se deben. Eso es lo que yo pretendo conseguir y pondré en ello todo mi empeño.

—Creo que al término de su mandato se convocarán las elecciones generales, ¿no?

—Sí. Y entonces el pueblo decidirá si prefiere pertenecer a una Nación-Planeta o a un Sistema- Nación. Todo depende de mi labor en los próximos veinticuatro meses..., y de la de mis ocho colegas, por supuesto.

Levanté hasta el techo mis células visuales.

—En Mercurio, Venus y Saturno, los gobernadores son planetarios. El resto pertenecen a su partido, señor Peabody.

—Por ahora llevamos una mayoría de cinco a tres. El Presidente de la Tierra es independiente, no independentista.

—Pero puede inclinar su voto hacia alguno d« los dos partidos, señor — argüí.

—El Presidente Duhamel está indeciso. No lo hará hasta que vea cómo marcha el resultado de la votación, y entonces se inclinará por el partido más fuerte. El suyo, el independiente, es pequeño, pero le obedece ciegamente. Todos votarán a quien él vote.

—Y luego hablan del sufragio universal y su secreto — murmuré amargamente.

—Así es la política, Kabé. Pero ¿qué podemos hacer sino obrar del mejor modo posible?

—Me gustaría que todos los humanos fuesen tan rectos y de tan buenos sentimientos como usted, señor Peabody.

Mi «amo me puso la mano sobre el hombro.

Dijo sonriendo:

—Y a mí me gustaría que todos los humanos fuesen como tú, Kabé.

—Oh, no, señor. Sería horrible.

— ¿Por qué?

—Pues... entonces todos ustedes serían unas máquinas, y una máquina..., por perfecta que sea, nunca es un ser humano, con todos sus defectos y sus virtudes. Es cierto que los robots, últimamente, hemos sido muy perfeccionados, pero, salvo quizá la memoria, no alcanzamos ni de lejos al más inculto de los humanos.

—Será mejor que nos dejemos de disquisiciones filosóficas, Kabé — dijo el señor Peabody—. Mientras yo telefoneo al Secretario de Estado, tú encárgate de poner el anuncio solicitando la doncella que pide mi hija. ¡Señor, señor, cómo crece la juventud de hoy día! —se fue hacia la puerta, levantando las manos al cielo.

Antes de salir, se volvió súbitamente hacia mí. Extendió su dedo.

—Kabé, puestos a derrochar dinero, pide también un ama de llaves. Quiero que mi casa sea llevada como Dios manda, ¿entiendes?

—Mis circuitos auditivos conectan perfectamente con los memorísticos, señor —me incliné profundamente.

Una semana más tarde, y en contestación al anuncio puesto en el visidiario, se presentaron la doncella y el ama de llaves. Y en cuanto las vi a las dos, especialmente a la primera, comprendí que las

tribulaciones políticas que nos esperaban iban a ser un juego de niños comparados con la que nos iba a proporcionar la pareja. Especialmente, la primera, es decir, la doncella, repito.

Pasen, pasen al capítulo siguiente y verán lo que sucedió, por favor.

CAPÍTULO II

Sonó el timbre de llamada. Es decir, alguien, al pulsar el zumbador exterior, produjo una descarga de subsónicos que afectaron a mi circuito especial, alertándome para la llamada.

El señor Peabody era sumamente conservador y me había hecho vestir como un mayordomo a la antigua, cosa que me fundía el bobinado, pero como donde hay humano, no manda robot, no me había quedado otro remedio que encasquetarme el uniforme.

En el momento de la llamada llevaba el clásico chaleco a rayas, pues estaba haciendo la limpieza de la casa.

Abrí la puerta. E inmediatamente tuve que rebajar el voltaje de mis acumuladores internos. La cosa no era para menos.

Ellas estaban allí. ¡Y qué ellas!

La más joven tendría, en apariencia, unos veinticinco años. Alta, rubia, ojos azules y con un tipo capaz de marear al más templado, sonreía de un modo que dejaba tonto al que la veía por primera vez. En cuanto a la otra, era ya mayorcita, pues la calculé unos cuarenta, aunque muy bien llevados, por cierto, y todavía capaz de hacer volver la cabeza a más de uno y a más de cincuenta. Su pelo era caoba, discretamente recogido en un moño en la nuca. La rubia lo llevaba suelto hasta más abajo de los hombros.

— ¿El señor Peabody? — dijo la más «anciana», sonriendo encantadoramente.

—En el momento actual no está en casa. Pero si quieren que les anuncie a su hija... ¿Con quién tengo el honor? — pregunté.

—Soy la señora Kissinger. Ésta es Arlene Steel. Nos envía la agencia de

colocaciones para ocupar los empleos de ama de llaves y doncella.

Si hubiera sido humano, habría tragado saliva. ¡Ama de llaves y doncella! ¡Aquel par de beldades!

Pero un robot está habituado a dominar sus emociones y, a fin de cuentas, sus secreciones hormónicas no son naturales, sino que están grabadas en unos circuitos memorísticos, lo cual es muy distinto que tener que depender, pongo por ejemplo, de las glándulas suprarrenales. ¡No todo han de ser inconvenientes para un robot!

Asentí con la mayor discreción.

—Tengan la bondad — dije, echándome a un lado—. Iré a avisar a la señorita Peabody.

Entraron y cerré la puerta. La rubia, esto es, Arlene, pasó por mi lado, ondulando sinuosamente, al mismo tiempo que me arrojaba una mirada capaz de fundirme un par de circuitos a través de sus espesas pestañas.

—Querido — susurró —, es usted terriblemente atractivo.

No es porque lo diga yo; ya han oído ustedes a Arlene, pero mi fabricante me dio una excelente figura humana, de la cual no tengo la menor queja, sino todo lo contrario. Aquello, naturalmente, me esponjó, pero hube de recordar inmediatamente mi condición.

—Dispénseme; soy un robot.

— ¡Oh!—exclamó Arlene, poniéndose una mano sobre la boca. Miró a la otra con expresión de susto—. ¡Señora Kissinger, «es» un-robot!

La pretendiente a la plaza de ama de llaves sonrió indulgente.

—Querida, debes tratar de comprenderlo; el servicio está muy mal hoy día, y la gente se arregla como puede. ¿Cuál es su número, amigo?

—K.B. 000. 459-3D5, pero —agregué—, generalmente, se me llama por las dos primeras letras, pronunciadas juntas Kabé es como mejor suena «mi» nombre.

La señora Kissinger sonrió.

—Muy bien, Kabé: así te llamaremos nosotras desde ahora y en lo sucesivo..., contando con que nos quedemos con la colocación.

—Oh, en cuanto a eso, no tengo la menor duda — murmuré cortésmente —. Con permiso.

Fui a avisar a Jackie. Con ésta tenía bastante confianza cuando estábamos a solas, usaba de ciertas familiaridades con ella.

—Están ahí — dije.

Jackie levantó la vista del libro que estaba leyendo y la mano de la caja de bombones adyacente. ¡Es increíble la cantidad de bombones que puede meterse esa chiquilla en el cuerpo al cabo del día, sin engordar siquiera un gramo!

—Están aquí, ¿quiénes, Kabé?

Aclaré:

—El ama de llaves y la doncella.

Jackie tiró el libro por lo alto.

— ¡Yupiii...! — gritó, saltando del diván al suelo.

Se atusó rápidamente los cabellos y salió disparada hacia el vestíbulo. La seguí con toda la rapidez posible.

Al llegar allí, se detuvo, evidentemente desconcertada. Pero Jackie no es mujer que se deje impresionar por nada durante mucho tiempo.

—Ustedes dirán.

La señora Kissinger repitió lo que ya me había dicho, pero añadiendo al final, al mismo tiempo que extraía unos documentos de su amplio bolso.

—Si la señorita desea ver nuestras referencias...

Jackie agitó la mano.

—Ni hablar. Quedan contratadas. Las dos. Usted, Arlene, será mi doncella particular. En cuanto a usted, señora Kissinger...

—Llámeme Thea, por favor — dijo la «vieja»—. Ése es mi nombre, señorita.

—Pues bien, Thea, usted ocupará la plaza de ama de llaves. Kabé le impondrá de sus obligaciones.

—Estoy a su disposición, señorita Peabody.

—Y usted, a su vez, impondrá a Arlene de lo que tiene que hacer cuando no me esté atendiendo a mí.

La aludida hizo una leve genuflexión.

—Será para mí un placer atender personalmente a la señorita — dijo.

Jackie la miró encantada.

—Es usted muy bonita, Arlene. ¿Qué hacen los hombres que no piden su mano a racimos?

Arlene se quedó cortada momentáneamente. Miró a Thea como pidiéndole consejo.

Ésta acudió prestamente en su auxilio.

—Arlene ha estado muy ocupada últimamente y no ha podido prestar atención a ciertos negocios, digamos sentimentales, señorita Peabody.

—Bien, pero ahora han de tener en cuenta que su contrato es por lo menos para dos años. Quizá no lo hayan leído en el visidiario, pero mi padre ha sido nombrado gobernador de Urano. Partiremos dentro de dos semanas en la nueva astronave «Davy Crockett».

—Estamos dispuestas a servirles dondequiera que vayan ustedes, señorita.

—Muy bien. Kabé, llévate a la señora Kissinger. Usted, Arlene, véngase conmigo.

Jackie dio media vuelta, pero se detuvo al instante.

—Oh, me había olvidado de lo más esencial. Sus emolumentos. ¿Pueden indicar una cifra?

Thea lo dijo. Yo me quedé sin aliento… robótico, claro está.

Pero el dinero no parecía preocuparle mucho a la chica.

—Estupendo; son ustedes más sensatas de lo que yo creía en ese aspecto. Claro es que la estancia en Urano lleva consigo una gratificación implícita, pero esto ya lo solucionaremos de común acuerdo. Arlene, venga conmigo.

La señora Kissinger me miró. Me eché a un lado.

—Por favor — murmuré.

Dos horas más tarde llegó el atareado señor Peabody. Como de costumbre, apenas lo hizo en su helichorro particular, que él mismo conducía y que dejaba en la terraza de la casa, se fue hacia el baño.

Mientras caía el agua, le preparé la ropa. Uno, aunque robot, no deja de tener cierto sentido del humor, y me callé las novedades. El señor Peabody se afeitó, se vistió y al terminar preguntó, con excelente humor:

—Kabé, ¿cómo anda la cena? Tengo un apetito de mil diablos.

En aquel momento, y por la red interior de altavoces de la casa, se oyeron las suaves notas de un batintín.

—Ah, ya está lista — se frotó las manos el dueño de la mansión—. Kabé, ¿qué sorpresa me has preparado hoy para la cena?

—Una como el señor no la ha recibido jamás — dije, dejándole pasar.

El señor Peabody, contentísimo de la vida, se dirigió al comedor, discretamente adornado con flores y velas. Jackie ya estaba allí y le presentó la mejilla para que se la besara. Ayudó a la muchacha a sentarse y, a mi vez, hice lo mismo con él.

Entonces, alcé la mano y la cortina de la habitación contigua se levantó. Entró Arlene.

El señor Peabody acababa de desplegar su servilleta.

Quedó petrificado en aquella postura, al ver a la esplendente doncellita, mucho más esplendente todavía dentro del uniforme tradicional —vestido negro, cofia, delantal y puños blancos, de encaje, medias gris humo y zapatos negros con diez centímetros de tacón—. Realmente, Arlene estaba como para tumbar a cualquiera tan sólo con la mirada.

— ¿Q... qué es esto..., Jackie?— exclamó, cuando pudo articular palabra.

Jackie arrugó la nariz.

— ¡Mmmm...! ¡Qué bien huele la sopa! ¿La ha hecho la señora Kissinger, Arlene?

—Sí, señorita Peabody. La señora Kissinger, además de una eficiente ama de llaves, es una magnífica cocinera — contestó Arlene con una vos aterciopelada que no había más que pedir.

Peabody estaba estupefacto.

—Kabé, por el amor de Dios, ¿quieres explicarme?

—Nada más sencillo, señor. Arlene es la doncella de su hija, y la señora Kissinger, a quien Arlene acaba de citar, es la nueva ama de llaves. La señorita Jackie las contrató esta tarde.

Arlene se apartó suavemente a un lado.

— ¿Sopa, señor? — sonrió.

—Sí..., claro... — balbuceó Peabody, todavía hecho un lío. Rezongó algo entre dientes—. ¡Santo Dios! ¿Y he de llevarme esta beldad a Urano?

—Estoy muy contenta de ir con ustedes allá, señor— dijo Arlene, ya casi en la puerta del comedor.

Peabody respingó. Empezaba a recobrar el conocimiento.

—Dígale a la señora Kissinger que venga; quiero verla — vociferó. Luego miró a su hija—. ¡Esto es una trampa, Jackie!

La muchacha estaba tomando su sopa con toda compostura.

—Tú me prometiste que tendría una doncella. En cuanto a lo del ama de llaves, recuerda que la idea fue tuya, papá.

En aquel momento, una descarga de subsónicos vibró en mis oídos.

—Dispénseme — murmuré —, están llamando a la puerta.

Me retiré, dejando enzarzados al padre y a la hija. Atravesé el vestíbulo, pero antes de llegar a la puerta pude ver un objeto blanco tirado en el suelo.

Me incliné a recogerlo. Era un sobre de tamaño pequeño, apenas mayor que el de tarjeta de visita, y que alguien, sin duda tras oprimir el zumbador de los ultrasonidos, había arrojado por debajo de la puerta.

Me incliné a recogerlo. Por puro formulismo abrí y miré al corredor,

pero ya sabía que no vería a nadie, como en efecto sucedió. Volví a cerrar y puse la carta sobre una bandeja de plata, que llevé al dueño de la casa.

El señor Peabody estaba mirando como alelado a la segunda belleza de la casa —hay que reconocer que la señora Kissinger tenía aún mucho que mirar, y más con aquel sencillo vestidito de color gris claro, que tan bien sentaba a su cuerpo todavía esbelto y firme. Y la señora Kissinger sonreía cortésmente, en tanto se informaba si había encontrado algún defecto a la sopa.

Peabody se puso las manos en la cabeza.

— ¡No, Santo Dios, está riquísima...! Pero... una mujer, Jackie, mi hija, ya es demasiado. Tres... es..., será la locura…

—Si el señor está disgustado — dijo Thea—, me permito indicarle que nuestro contrato es provisional todavía, y que no ha pasado para su visado por la oficina central del sindicato.

— ¡No, no, nada de eso! —protestó vivamente el dueño de la casa —. Ustedes dos se quedan y no se discuta más el asunto. Pero...

Carraspeé ligeramente.

—Señor...

—Kabé, no me interrumpas — contestó sin mirarme—, Estoy hablando con la señora Kissinger.

—Oh, por favor, no se moleste por mí, señor Peabody — dijo ella—. Atienda al robot.

Arlene entró en aquel momento, con aquel paso suyo, tan parecido al de un felino, sonriendo pudorosamente con las "pestañas bajadas, y empezó a recoger los platos. Peabody la miraba hacer como aislado, en tanto que Jackie se estaba corriendo el gran juergazo.

—Papá —dijo—Kabé espera y, sí mi vista no me falla, que creo que no, tiene una carta en la mano.

—Ah..., oh... Es verdad. Dame la carta, Kabé.

Le alargué la bandeja y tomó la carta, rasgando el sobre con un cuchillo. Sacó el papel contenido en su interior, no mayor que una octavilla, y lo desdobló.

Lo leyó en silencio, y por unos instantes se olvidó de las preocupaciones que le embargaban.

— ¿Qué es lo que dice, papá? — preguntó Jackie, impaciente.

Modestia aparte, desde que entré a servir a la familia Peabody, siempre fui el confidente de ambos, y muy especialmente del padre en sus negocios, tanto financieros como políticos. Robert Peabody sabía podía confiar en mí, y no me ocultaba el menor detalle de sus asuntos, seguro de que ni una sola palabra que pudiera traicionarle brotaría a través de mis labios de plástico.

—Lee, Kabé — dijo, entregándome la carta.

—Sí, señor.

El mensaje recibido era el siguiente:

> *Estimado señor Peabody: Por el bien de su salud personal, le recomendamos muy encarecidamente que renuncie a la gobernaduría de Urano.*
>
> *Unos amigos*

Arlene lanzó un chillido.

— ¡Le van a asesinar!

Peabody saltó en su asiento. Jackie frunció el ceño.

En cuanto a la señora Kissinger, pude darme cuenta de que sus ojos brillaban y no de manera agradable, precisamente.

—Arlene, retírate a la cocina.

—Sí, señora — contestó la doncella mansamente, Saliendo del comedor.

Pero entonces intervino el dueño de la casa.

— ¡Un momento! —dijo con tono enérgico—. Arlene, no se vaya usted. Señora Kissinger, será mejor que no nos precipitemos. Kabé, dame la carta.

Se la entregué. Peabody volvió a leerla y luego la arrojó desdeñosamente sobre la mesa.

—Esto no es más que una vulgar amenaza, como la que cualquier político de mediana preeminencia recibe a diario, escrita por uno de los innúmeros chiflados que pululan por este mundo de Dios. No hay ni que hacer el menor caso de ella..., a menos que Arlene, naturalmente, sepa algo. ¿Arlene?

La muchacha miró a la señora Kissinger, como pidiéndole consejo. Thea la animó a hablar.

—Vamos, Arlene, contesta al señor Peabody.

Éste se inclinó hacia adelante, mirándola fijamente.

— ¿Por qué dijo que me iban a asesinar, Arlene?

Se mordió los labios con expresión vacilante. Parpadeó una o dos veces y al cabo dijo:

—Verá, señor... Una... suele leer de vez en cuando novelas policíacas y..., y yo pensé..., quizá que una amenaza de esa índole...

— ¿Tenía usted noticias de que me iban a enviar este anónimo?

Arlene meneó la cabeza vivamente.

— ¡No, señor; en absoluto!

— ¿Está segura de ello? ¿No me miente?

—Se lo juro, señor.

Jackie intervino entonces.

—Si dudas de ella, despídela, papá. Ya me arreglaré como pueda..., o bien contrataremos otra de aquí al día de nuestra marcha,

Peabody levantó la mano. Con el rabillo del ojo vi que el ama de llaves había dado un paso hacia adelante, pero había detenido el gesto

apenas iniciado.

—No, no la despediré. Prefiero mejor tenerla en casa..., bajo vigilancia, la vigilancia personal de Kabé, que suelta por la calle, actuando libremente.

—Le aseguro que lo dije impensadamente, señor —Arlene estaba a punto de echarse a llorar.

—Conozco a Arlene hace bastante tiempo y puedo asegurarle — terció el ama de llaves —, que es de entera confianza. Quizá un poco... alocada, pero segura y confiable en todo momento.

— ¿«Qui custodiet ipsos custodiat»?— murmuró el dueño de la casa—. Lo cual quiere decir: ¿quién guarda a los guardianes?

Thea se envaró.

—Puede usted ver mis certificados cuando lo crea oportuno, señor; y comprobar su autenticidad, además, si le parece.

— ¡Oh, basta, basta ya!—exclamó Peabody, muy enojado—. Dejémoslo estar. Pero, por favor, bastantes preocupaciones tengo ya para que una estúpida histérica venga a aumentármelas —extendió el índice en actitud amenazadora—. Arlene, procure portarse bien de ahora en adelante o la próxima vez no tendrá tiempo de rectificar, ¿estamos?

La doncellita hizo una genuflexión:

—Sí, señor — contestó, y luego salió del comedor como alma que lleva el diablo.

Peabody se volvió hacia mí.

—Kabé, dentro de media hora vendrá mi nuevo secretario político. Apenas llegue, condúcelo a mi despacho. Tenemos que ir concretando los detalles de la campaña política.

—El señor será complacido — murmuré, después de lo cual volví la vista hacia el ama de llaves, actuando como un perfecto mayordomo —: El pescado, señora Kissinger

CAPÍTULO III

Algunos de los que me leen ya conocen algunas de mis anteriores aventuras. También saben mis principales características físicas — un metro ochenta de altura, apariencia masculina, ojos moderadamente azules, cabello castaño y recia complexión —. Soy también capaz de practicar la mayoría de los deportes, excepto lo más violentos, y mi cerebro electrónico, compuesto de billones de finísimas células positrónicas, que reciben sus impulsos, de un diminuto automotor, es capaz de impulsar a mis piernas de metal recubiertas de un plástico enteramente igual a la carne humana, hasta alcanzar los cien metros lisos en poco más de once segundos. No está mal para un robot, ¿verdad?

En cuanto al modo como funciona mi «organismo», esto ya es más difícil de explicar, pues posiblemente ni con cincuenta volúmenes como el presente tendría bastante para manifestarlo. Pero si son capaces de imaginarse por dentro de mi «piel» un aparato de televisión, otro de radio, emisor y receptor, con los impulsos sónicos traducibles a la voz y al lenguaje humano — casi cualquier lenguaje —, más un inextricable conjunto de circuitos y bobinas, la mayoría de ellos memorísticos, a fin de recordar todos cuantos detalles precise, entonces podrán darse una pálida idea de cómo soy por dentro.

Mis ojos son telescópicos, es decir, que puedo graduar su visión hasta acercar notablemente las imágenes de las cosas; y también, al mismo tiempo, un par de diminutos microscopios — puedo aumentar hasta mil veces el tamaño de un objeto cualquiera. Los oídos son supersensibles, no sólo a los ultrasonidos, como ya han tenido ocasión de leer, sino a los vulgares y corrientes, aunque se emitan en un bajísimo volumen, de modo que conmigo no valen murmullos ni cuchicheos, a menos que se efectúen a dos kilómetros de distancia.

No está mal, ¿eh?

En cuanto a mi inteligencia, viene determinada por los circuitos de la memoria. Si uno me hace una pregunta, los circuitos auditivos la recogen y envían su contenido al circuito analizador, el cual, después del examen de su contenido, la envía al circuito correspondiente, para que suministre la respuesta pertinente. Así puedo «razonar» casi como un humano, y aun permitirme observaciones y argumentos de todo género relacionados con la conversación o el caso de que se trate, los cuales emito muchas veces, sobre todo cuando tengo confianza con mi

«amo», sin necesidad de que éste me haga pregunta alguna.

No soy propiedad de ningún humano en particular, sino de una entidad dedicada a la fabricación, construcción y alquiler de robots:

la Intermundial Robótica[1], la cual estima que le es más provechoso alquilar sus «productos» que no venderlos en forma definitiva. Por eso yo, en el transcurso de mi vida robótica, he conocido ya a varios amos, el último de los cuales, por el momento, es el que ya conocen: Robert Peabody, gobernador de Urano en el momento actual, y posible presidente del Sistema al terminar su actual mandato. Entonces expirará nuestro contrato, y la I. R. me reclamará para otro humano que necesite de mis servicios

Acaso los Peabody quieran quedarse conmigo, pero la I. R. no accederá a la prórroga del contrato. Es una ley no escrita de la empresa no permitir que un robot se acostumbre a sus humanos más allá del plazo contratado, ya que en unos y otro pueden desarrollarse sentimientos de afecto mutuo, que si bien son elogiables en un ser de carne y hueso, en un robot ya no sientan tan bien, y luego obligan a una modificación sustancial de sus circuitos, cuando no a una destrucción total de la máquina, cosa que implica una elevada pérdida de dinero, riesgo que la I. R. evita como si se tratara de la peste.

— ¿Cómo —se preguntará el lector, sin duda alguna— es que puede desarrollarse en un robot el afecto hacia un humano?

Pues, sí; es posible, perfectamente. Y lo digo por experiencia, ya que en nuestros circuitos hay lugar para miles y miles de situaciones no inscritas aun en los millones de ellas que ya tenemos grabadas cuando salimos de fábrica. Y un robot que está al servicio de un humano, se ve continuamente en nuevas situaciones que son captadas inmediatamente por los circuitos mnemotécnicos o memorísticos, como quiera llamárseles, estableciendo para lo sucesivo una concatenación de causa a efecto, que luego el posterior desarrollo de otros acontecimientos se encarga de relacionar debidamente, influyendo de este modo en las reacciones del robot.

Además, a todo robot, en el momento de ser lanzado de fábrica, se le graban las tres leyes fundamentales de la robótica, a ninguna de las cuales puede desobedecer, so pena de destruirse a sí mismo, lo que quiere decir que, prácticamente, ninguno de nosotros desobedecemos jamás esa trilogía legal. Ya la sabrán ustedes a medida que esta historia vaya desarrollándose; por ahora estimo que el exordio ha sido un poco largo, y lo mejor será darle fin y proseguir.

El silbido que percibí era auténtico y procedía de unos labios femeninos: los de Jackie.

La muchacha estaba apoyada en el marco de una puerta, con el brazo en alto. Vestía un simple traje de una sola pieza, que se amoldaba exactamente a las deliciosas curvas de su joven cuerpo, y tenía los ojos fijos en la persona que acababa de ser recibida por Arlene, la doncellita.

El recién llegado, pues era un hombre, se volvió sobresaltado al escuchar el silbido.

— ¿Eh? — exclamó con bastante desconcierto.

—Oiga, ¿es usted de veras o es un sueño? — preguntó Jackie con desfachatez.

El recién llegado sonrió, tratando de recobrarse de la impresión que le hablan causado aquellas dos beldades.

— ¿No cree usted que aquí los sueños son ustedes dos? — avanzó hacia la muchacha con la mano extendida—. Me llamo Chesley Bogart, pero puede llamarme Chess, sencillamente, señorita Peabody.

—Encantado, Chess —sonrió Jackie —. ¿Me conoce usted?

—Cuando una mujer sale un par de veces en las portadas del «New-Life» y del «Photoplay XII», su imagen ya no se despinta de cualquier hombre con mediano sentido de percepción de la belleza, señorita Peabody.

—Llámeme Jackie, ¿quiere? — dijo ella coa melosa sonrisa.

¡Cielos! ¿Estaba empezando a enternecerse?

Podría ser. Chess Bogart era alto y atlético, de cortos cabellos oscuros y mirada franca y sonriente, y vestía con esa cuidadosa negligencia que aumenta un 100 por 100 la elegancia natural del hombre, muy pocos de los cuales son capaces de conseguirlo. Chess lo había logrado, y tengo para mis bobinas que si se hubiera dedicado a artista de visiestéreo, hubiera conseguido millones..., en dinero y admiradoras.

Fero en lugar de dedicarse a la filmologia, el muy... humano se había metido en política. ¡Habrase visto!

—Soy al nuevo secretario político de su padre, Jackie.

—Pase, pase; le está esperando, Chess. Le acompañaré hasta su despacho.

—Usted primero, no faltaría más — dijo galantemente el joven, pues su aspecto indicaba tenía treinta años mal cumplidos, pero, opinaría una mujer, ¡qué bien llevados!

Cuando Jackie y el nuevo huésped hubieron desaparecido, me di cuenta de que Arlene continuaba todavía en el mismo sitio, con una expresión de éxtasis reflejada en su lindísimo rostro. En aquel momento no pertenecía a nuestro mundo..., al humano, quiero decir que estaba en la gloria.

Juntó las manos con arrobo.

¡Qué hombre, Dios mío, qué hombre!—murmuró.

¡Arlene! — exclamé con tono imperativo. Aunque robot, era el mayordomo.

Me miró enojada por haberla hecho descender del paraíso.

— ¿Sí, Kabé?

—Vaya a acostarse — dije secamente—. La señorita suele ser muy madrugadora, pese a las apariencias, y pedirá el desayuno apenas despierte. Usted tendrá que servírselo inmediatamente o le costará un disgusto.

—Sí, señor Kabé — murmuró Arlene, todavía medio atontada por el recuerdo del reciente paso de Chess Bogart.

—Kabé a secas; no olvide mi condición.

Echó a andar, sin poder abandonar su contoneo habitual. Al pasar junto a mí, suspiró de tal modo que temí que fuera a romper la tela de su corpiño.

— ¿Verdad que es un sueño, Kabé?

—Para mí — mascullé—, espero sea una pesadilla—. Y me retiré con toda la dignidad posible.

* * *

Durante los días siguientes, las cosas se hicieron con toda normalidad. Jackie parecía haberse aficionado a Chess, cosa que yo empecé a reputar increíble, y éste a ella, pero sin olvidar en todo momento el motivo fundamental por el cual pasaba tanto tiempo en la casa. Era un muchacho serio, aplicado e inteligente para su trabajo, y cuando se sumergía en éste, no dejaba que otra actividad cualquiera interfiriera en lo que llevaba entre manos.

Pero no era un mojigato, digo. Y lo escribo con fundamento, porque unos días más tarde, tres o cuatro, lo sorprendí — algo ya me estaba oliendo, más por parte de ella que por la de él — abrazando a Arlene.

Estaban tan entretenidos con el beso que se propinaban mutuamente que no se dieron cuenta de mi presencia, hasta que ya era demasiado tarde. Lo malo fue que yo, entretenido con la escena y maldiciendo mientras tanto de mi existencia de máquina, tampoco me percaté de que había otra persona que estaba sirviendo de testigo.

— ¡Arlene!—exclamó la señora Kissinger, con un grito que hizo vibrar arriesgadamente mis células auditivas.

La muchacha se volvió, reclinando la cabeza ronroneante en el pecho de Chess.

Éste trató de deshacer el abrazo, pero Arlene no soltaba los brazos de su cuello.

— ¿Si, señora Kissinger? — dijo desmayadamente.

— ¡Es incalificable!—exclamó el ama de llaves, con ojos que le brillaban como carbones encendidos. Era muy bella en su espléndida madurez, pero según en qué ocasiones, me recordaba bastante a Daphne de Maurier y su célebre Rebeca. Repitió—: Es incalificable, Arlene. Vergüenza debiera darte lo que estás haciendo.

Las pestañas de la doncella aletearon blandamente, en tanto se separaba de Chess no sin esfuerzo.

—Lo siento tantísimo, señora Kissinger. Pero ¿verdad que es un amorcito?

—Señora Kissinger — dijo el muchacho, rojo hasta la coronilla—, yo...

—Usted debiera darse cuenta de la posición que ocupa en esta casa y no procurar aprovecharse de ella, señor Bogart-—replicó sin amilanarse la implacable ama de casa—. Arlene, retírate inmediatamente a tu habitación; ahora iré yo a verte.

La muchacha miró a Chess con los ojos bajos.

—Hasta luego, carińín —dijo con suave acento. Pasó por delante de nosotros con aire entre satisfecho y avergonzado, llevando en su rostro una expresión de inefable dulzura.

Chess avanzó un par de pasos hacia la mujer.

—Señora Kissinger, déjeme explicarle...

—No tiene usted que explicarme nada, señor Bogart — contestó ella con una voz que parecía procedente de la Antártida —. Espero que esta escena no vuelva a repetirse; de lo contrario, me vería obligada a ponerlo en conocimiento del señor Peabody.

Y apenas pronunciadas estas palabras, Thea se retiró con aire majestuoso, dejando al muchacho clavado en el suelo.

Chess me miró a mí.

—Kabé, tú...

Sacudí la cabeza.

—El señor sabrá dispensarme, pero soy un simple robot.

— ¡Al diablo todos! —explotó Chess—. Esto no tiene importancia. Fue ella la que me provocó, con sus malditos contoneos y sus endiabladas miradas. Uno es de carne y huesos, no de plástico y metal como tú, Kabé. ¿Qué rayos quieres que hiciera?

—Precisamente porque es de carne y huesos debiera haberse dominado, señor Bogart. Si el señor Peabody lo supiera, usted no lo pasarla muy bien que digamos..., pero aun esto sería el cielo comparado con lo que le haría la señorita Jackie.

Chess se alarmó visiblemente.

— ¡Cielos! Kabé, tú no irás a decírselo, ¿verdad?

—Por supuesto que no, señor Bogart..., siempre que usted no me obligue a ello. Deje en paz a Arlene, olvídese de ella..., y concentre sus

atenciones en la señorita Jackie. Ella... sí que las merece —dicho lo cual me retiré con suma dignidad.

Al día siguiente me vi obligado a servir el desayuno. Arlene no salió de su habitación.

—Está indispuesta — dijo secamente el ama de llaves y traté de enfriar el circuito de la sospecha, pues lo primero que se me había ocurrido era que la había deslomado a palos por lo de la tarde anterior

— ¿Quiere que le lleve unas aspirinas? — me ofrecí.

—Gracias, Kabé; ya lo he hecho yo. Ahora ten la bondad de llevar el desayuno a la habitación de la señorita Jackie.

Ésta me preguntó por su doncella y le dije lo que sucedía. Dijo que iría a visitarla, pero de pronto recordó un compromiso anterior y se le pasó lo que acababa de proponerse.

El día transcurrió sin novedades dignas de mención, como dicen los partes militares. A la tarde, como de costumbre, llegó el señor Peabody y se encerró en su habitación para despachar con Chess, el cual andaba la mar de alicaído, tanto por lo del día antes como por no haber visto en todo el presente a la muchacha.

Media hora más tarde, sentí en mi tímpano la vibración de los ultrasonidos.

Acudí al despacho.

— ¿Llamaba el señor?

Peabody, enfrascado en unos papeles, ni me miró siquiera.

—Sí. Kabé, dile a la señora Kissinger que venga. Mañana doy una pequeña fiesta y deseo ultimar los detalles.

—Al momento, señor.

Me dirigí a la habitación de la señora Kissinger. Llamé a la puerta y, viendo que no me contestaban, la abrí.

Thea levantó la cabeza al momento, muy irritada.

—Kabé, ¿por qué entras sin llamar en la habitación de un humano?

—Lo siento, señora; pero he llamado. Usted no contestó y pensé que...

Mientras la ofrecía disculpas, mis circuitos visores captaron al momento un extraño espectáculo.

La señora Kissinger estaba trabajando en algo que, de momento, me pareció una radio de transistores desmontada, a juzgar por las piezas que había desparramadas por encima de la mesa frente a la que se hallaba sentada.

Además tenía al lado lo que me pareció una micrograbadora, con su correspondiente micrófono, una lupa de bastantes aumentos y unos cuantos destornilladores y alicates finos. Así, a simple vista, era imposible reconocer en qué trabajaba el ama de llaves.

Thea enrojeció al darse cuenta de mis observaciones.

Explicó:

—Soy un poco aficionada a la radio y la mía se estropeó. Quise arreglarla sin recurrir al mecánico; hoy día, por una tontería, te cobran un ojo de la cara y... ¿Dices que me llama el señor Peabody?

—Así es, señora Kissinger — murmuré, retirándome en seguida.

Por la noche, después de la cena, me dispuse a acostarme.

Pero entonces reparé en una cosa: Arlene no había probado bocado en todo el día. Diciéndome que con toda seguridad le sentaría bien una taza de caldo, se la preparé, después de lo cual me encaminé a su habitación.

Toqué con los nudillos y abrí la puerta. Así lo había hecho siempre con Robert Peabody y con su hija y no veía motivos por los cuales había de obrar de distinta manera.

Apenas lo había hecho, sonó un furioso grito.

— ¡Kabé! ¿Quién te ha mandado entrar sin permiso, eh?

Miré al ama de llaves estupefacto. La había visto encolerizada al sorprender a Chess y Arlene besándose, pero esto eran tortas y pan pintado con lo que estaba viendo ahora.

Retrocedí un paso, amedrentado por la furia que se veía brillar en aquellos ojos. ¡Caramba!, a fin de cuentas, ella era un humano, en tanto que yo...

Con el rabillo del ojo vi a Arlene tendida en la cama, cubierta por una

sábana hasta arriba, completamente inmóvil y con los ojos fijos en el techo, como si estuviese muerta, cosa a lo que contribuía sobremanera el hecho de tener los brazos a lo largo de los costados.

— ¿Está muy mal? — pregunté, ansioso —. ¿Quiere que llame a un médico?

— ¡Quiero que te vayas de aquí inmediatamente, Kabé de todos los demonios! — me contestó el ama de llaves, usando un lenguaje sorprendente—. Arlene no tiene nada y lo poco que tiene yo se lo curaré, ¿me entiendes? Y en lo sucesivo, grábate esto en tus condenados circuitos mnemotécnicos: no penetres nunca en ninguna de las habitaciones que ocupamos las dos o de lo contrario te pesará, ¿estamos, maldito Kabé?

Sentí que dentro de mí el voltaje aumentaba peligrosamente su tensión. Solté un par de descargas y asentí.

—Descuide, señora Kissinger. Usted me ha dado, una orden y no la violaré en tanto no esté en flagrante contradicción con la trilogía robòtica.

— ¡Al diablo tú y tus malditas leyes robóticas, Kabé! ¡Lárgate de aquí y...!

—Es que... traía una taza de sopa para Arlene...

Mis reflejos son rápidos, de modo que gracias a ellos no tuve que recurrir a la I. R. para que me reparasen las narices con el portazo que dio la irritada señora Kissinger. ¡Caramba, con la dulce «Rebeca»! Iba a dejar así de pequeñita a la de la novela a poco que nos descuidásemos.

Pero todo esto se me olvidó —es decir, lo relegué a un segundo término, porque un robot no olvida jamás, a poco bien que tenga ajustados sus circuitos memorísticos— con lo que sucedió al día siguiente.

CAPÍTULO IV

Arlene apareció al siguiente día como si no la hubiese ocurrido nada: fresca y pimpante como una rosa, pero, a mi robótico entender, más modosita y compuesta. Sirvió el desayuno con su habitual eficiencia y tras recibir los plácemes de la familia Peabody, se retiró discretamente, no sin dirigirme una suave sonrisa que me intrigó no poco.

El dueño de la casa se marchó apenas hubo concluido su refacción. Jackie charló un poco con

Chess, pero éste tenía trabajo, de modo que la muchacha, bastante aburrida, optó por marcharse con una pandilla de sus amigas. Quedamos en la casa el señor Bogart y la servidumbre.

Como ahora tenía quien me ayudase, el tiempo me sobraba, cosa que aproveché para, empaparme de los últimos eventos de política. Me metí en la biblioteca del señor Peabody y estuve repasando los últimos volúmenes editados por el Partido Integrista, con su historia desde su fundación, sus vicisitudes, sus miembros más prominentes..., etc., hasta que dos horas más tarde me vi en condiciones de poder responder a cualquier pregunta que se me hiciese sobre el particular.

El lector se preguntará sin duda cómo es posible que en un tiempo tan breve pudiera meterme dentro del cuerpo media docena de gruesos volúmenes. Es bien sencillo, si tenemos en cuenta mi memoria fotográfica, que recoge instantáneamente todo lo grabado en una página escrita. Para leer a mí no me hace falta ir de línea en línea, sino enfocar la página que me interesa, cosa que mis circuitos hacen mecánicamente en una décima de segundo. En las nueve décimas siguientes, todo cuanto hay allí impreso ha pasado a los almacenes correspondientes de mi memoria. De modo que casi tardo más en pasar las hojas de un libro que en leer éste, y por ello pude despacharme en dos horas varios miles de páginas impresas.

En aquellos momentos no sabía lo útil que me iba a ser aquella lectura y otras que realicé posteriormente, tedas ellas relacionadas con el mismo tema, en los días que precedieron a nuestra marcha a Urano.

Así estaban las cosas, cuando, de repente, sentí vibrar los ultrasonidos. Cerré el último libro y me puse en pie, disponiéndome a abrir la puerta.

Al llegar al vestíbulo, vi que Arlene se me había adelantado. La muchacha tenía ya la mano en el pomo y hacia girar la puerta a un lado.

Instantáneamente se sintió empujada a un lado con brusquedad y dos hombres, empuñando sendas pistolas atómicas en sus manos, penetraron en la casa.

— ¡Ay! —gritó la chica, al caer sentada al suelo.

Parpadeé, pero me abstuve de hacer ningún movimiento ofensivo. Ellos eran humanos; la primera ley robótica me impide taxativamente causar el menor daño a un ser humano.

Dieron dos pasos con aspecto truculento.

—De modo que en esta choza es donde vive el gobernador de Urano... — dijo uno de ellos.

En aquel momento irrumpió Chess en el vestíbulo, atraído por el grito de Arlene.

—Usted, quieto ahí — dijo el otro pistolero—. No se mueva o le quemo.

Chess levantó las manos lentamente, al mismo tiempo que me miraba.

—Kabé, ¿qué es esto? — preguntó.

—Tengo la misma información usted, señor Bogart —contesté respetuosamente—. Aunque quizá estos señores deseen incrementar su cuenta corriente por medios rápidos…

Estaban enterados de todo.

—Cierra el pico, maldito robot —dijo el que habla hablado primero. Luego volvió la vista hacia Bogart—. Usted es el secretario político del gobernador.

—Tengo ese placer, en efecto;

—Y esta beldad será su hija, ¿no?

Arlene abrió la boca para hablar. Aún estaba sentada en el suelo. Pero se contuvo y no pronunció una sola palabra.

—Pues... — dijo Chess — creo que se equivocan ustedes...

—No trate de protegerla, lechuguino — grujió el pistolero—. Ella «es» la hija de Peabody.

—Si usted se empeña — murmuró el joven, y se fue hacia Arlene, dándole la mano para ponerse en píe.

El fulano manejó el control de volumen de su pistola atómica y la encaró hacia la chica.

Sonrió malignamente.

—No queremos hacerle daño alguno. Solamente tratamos de quemarla un poco esa cara tan linda como advertencia.

Arlene no pestañeó. Me gustó su valentía.

—Ya lo oyeron. No queremos que su padre vaya de gobernador a Urano. La próxima vez la desintegraremos. Le costará una fortuna en cirugía estética, pero creo que no le quedará mal del todo.

Me devané las bobinas tratando de hallar un medio de evitar aquel desaguisado. Hubiera podido intervenir si hablase de matarla, pero sólo la iba a causar un daño no letal, de modo que no me era lícito intervenir en un conflicto entre humanos.

El pistolero volvió a sonreír. Levantó la pistola decididamente.

La mejilla izquierda. Dicen que es siempre la más perfecta en un rostro humano…

Súbitamente, una raya de color blanco deslumbrante cruzó la habitación. Empezó en la puerta del comedor y terminó en el cuerpo del pistolero, que se disolvió de inmediato en una nube de pestilente humo.

¡Thea! —exclamó Arlene con un suspiro de visible alivio.

La señora Kissinger estaba allí, con una pistola atómica en la mano. Y ésta no había temblado al liberar la descarga desintegradora.

Por unos instantes, el otro pistolero vaciló. Luego, reaccionando rápidamente, volvió su pistola hacia el ama de llaves.

Yo fui más rápido que los dos. Ahora ya podía intervenir, ya podía causar daño a un humano, puesto que éste pretendía matar a un congénere, cosa que era un daño mayor. Salté hacia adelante y descargué el filo de mi mano sobre la muñeca del rufián.

Éste lanzó un aullido de dolor que ocultó a medias el crujido de sus huesos.

—No dispare, señora Kissinger — exclamé —. Es conveniente apresarle vivo.

¡Yo me encargo de eso! —gritó Chess con voz tonante, saltando hacia adelante, libre ahora de la amenaza de la pistola atómica que yacía sobre el suelo.

Pero el pistolero no le concedió opción alguna. Dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta, que abrió con el brazo sano, precipitándose hacia el corredor.

Chess y yo nos atropellamos por salir, lo cual nos costó la pérdida de unos preciosos segundos. Cuando al fin lo conseguimos, captamos en todo su horror una escena espeluznante.

El pistolero, ciego de pavor — temiendo sin duda que si le apresábamos sería sometido a un duro interrogatorio—, había echado a correr, pero en su ceguera había equivocado el camino.

Cuando quiso retroceder, era ya tarde. El impulso que llevaba era demasiado fuerte y saltó al vacío, precipitándose desde una altura de ciento veinte metros.

El aullido que profirió al verse caer se alejó con él, atenuándose rápidamente hasta extinguirse del todo.

Chess y yo nos asomamos al borde de la barandilla protectora, justo para ver el choque de su cuerpo contra el suelo. Divisamos una pequeña mancha negra, alrededor de la cual se extendía un siniestro charco escarlata, y luego ya no quisimos seguir mirando. Prudentemente, nos retiramos al interior de la casa.

* * *

Muchos de los lectores se preguntarán cómo es que pudo suceder lo que acabo de contar. Muy sencillo, así me lo pareció a mí.

En los últimos años la superpoblación de la Tierra ha llegado a constituir un serlo problema, no del todo resuelto con la colonización de los planetas.

La cuestión de la vivienda, naturalmente, es una de las más peliagudas

y, en parte, se ha ido resolviendo construyendo casas en el campo como la del señor Peabody.

Esencialmente es una gigantesca columna de variable altura, según el constructor, que parece el tronco de un árbol alrededor de la cual van surgiendo las ramas que son los pisos de tan original edificio. En lugar de ser un cubo de cemento, acero y cristal, es un poste, con brazos horizontales que sostienen los edículos individuales o familiares, y que termina en una terraza superior donde pueden aterrizar los helichorros. Naturalmente, la columna que sostiene la estructura general está hueca y por ella circulan un par de ascensores automáticos para llegar a los apartamentos desde el suelo y desde la cúspide.

En cuanto al domicilio del señor Peabody propiamente dicho, consistía en una gran plataforma circular, de unos treinta metros de diámetro, unida al tronco por dos sólidas «ramas» que sustentaban perfectamente su estructura. Sobre la plataforma estaba dispuesto el apartamento, en dos pisos, con objeto de obtener un mayor aprovechamiento del terreno, y con una barandilla protectora en torno a la plataforma sustentadora. Frente a la puerta de acceso estaba la del ascensor, pero el individuo se había equivocado — tenía imbuida aún en su mente la idea de los edificios convencionales — y su equivocación le habla convertido en una tortilla.

Esta es la disposición que más se usa actualmente para no invadir también el campo: árboles- casas de cemento precomprimido de alta tensión molecular. Uno de estos árboles, de altura media de unos ciento cuarenta metros puede tener hasta veinticinco o treinta apartamentos, lo cual le confiere un aspecto muy curioso, verdaderamente. El arquitecto que construyó el primero de estos habitáculos tuvo una idea realmente genial: adaptar la vivienda del hombre a las necesidades de la naturaleza. Y es que si no se hubiese hecho así, ni en el campo se habría podido vivir..., porque ya no quedaría sitio para ello.

* * *

Y hecha esta pequeña digresión, volvamos a nuestra historia, que se reanuda cuando Chess y yo, hondamente impresionados por lo que acabábamos de ver, nos retiramos al interior de la casa.

Thea trataba de consolar a Arlene, la cual hipaba y gemía como una Magdalena. Bogart se acercó a las dos mujeres.

—Se portó usted muy valerosamente, señora Kissinger — dijo.

El ama de llaves le miró largamente.

—No podía consentir que le sucediera nada a Arlene — repuso tranquilamente. (¿Dónde se había escondido la pistola atómica?) Tomó del brazo a la muchacha y se la llevó a remolque—. Vamos, querida; hemos de prepararlo todo para la fiesta de esta noche.

Chess me miró cuando nos quedamos solos. Pero yo no dije nada, limitándome a emitir algo muy parecido a una sonrisa, luego me retiré, pues también tenía trabajo.

Los invitados empezaron a llegar poco antes de las ocho de la noche. No iban a ser muchos, una docena como máximo, pero entre ellos vi una cara que me intrigó durante unos momentos, hasta que al fin supe reconocerla.

Se trataba de Cyrus B. Littlefield, Comisionado del Gobierno Central para Urano y actualmente de vacaciones en la Tierra. Regresaba al planeta en la misma nave que Peabody hacia su primer viaje y pertenecía, políticamente hablando, al otro partido, es decir, que eran enemigos.

—No comprendo — mascullé en un aparte — cómo su padre ha podido invitar a ese humano.

Jackie me miró con sorpresa.

—Kabé, eso es lo correcto — dijo—. El Comisionado puede pertenecer al Partido Independentista, pero es un alto funcionario del Gobierno Central...

—Y bueno; un pajarraco más.

—Kabé, ¿es que te has olvidado que eres un robot?

La miré fijamente. Estaba guapa con el vestido de noche que se había puesto y yo lo sabía, porque veía a Chess mirarla de continuo, desatendiendo más de lo deseable a la esposa del Comisionado, a quien tenía obligación de atender en tanto éste charlaba con el dueño de la casa.

—No, señorita Jackie—respondí—, pero... ¿es que por ser un robot no puedo tener presentimientos? ¿Acaso no estoy en mi derecho?

— ¿Presentimientos? Kabé, seguro que tienes una bobina fundida. ¿Quieres que te mire el indicador?

—No, gracias—farfullé, molesto—. Demasiado lo sabría si hubiera sucedido eso. Empezaría a hacer muecas o a saltar como Tarzán y contaría chistes prohibidos. Mis bobinas están bien, perfectamente, pero... ya lo verá. Ojalá me equivoque; eso es lo que desearía. Sin embargo, me da en mi robótica pituitaria que antes de mañana habrá ocurrido algo desagradable.

— ¡Fúnebre!—me espetó Jackie, alejándose después, porque alguien la llamaba.

Mientras ayudaba a servir la mesa, observé disimuladamente a Littlefield. Era un tipo gordo y carnoso, aunque no con demasiada grasa, de aspecto jovial y hasta innocuo, pero cuyos vivaces ojos no podían desmentir la aguda inteligencia que latía tras ellos. Charlaba y reía con Peabody, discutiendo en general sobre temas de política y, por supuesto, de lo que cada uno haría si llegaba a Presidente.

Littlefield se fijó en mí. Agucé el oído y escuché lo que le decía al dueño de la casa,

— ¡Caramba, Robert! Es usted un hombre afortunado. He visto doncella para servirnos y también mayordomo. Éste que tiene usted parece una alhaja.

—Bien puede serlo, Cy; es un robot.

Littlefield me miró con sorpresa.

— ¡Diablos! ¡Un robot! Pues sí que lo tiene usted bien educado, Bob.

—Oh, apenas si le tuve que imbuir ligeramente en las costumbres de la casa. Pero la educación básica se la proporciona la I. R„ que es a la que se lo tengo alquilado.

Littlefield meneó la cabeza.

—Usted es un hombre de fortuna, Bob — se trataban por los diminutivos de sus nombres de pila, lo cual no impedía odiarse mortalmente por culpa de la maldita política—. Usted puede permitirse estos lujos. En cambio, yo... tengo que fregarme los platos

después de cada comida. Soy un funcionario del Gobierno. Con eso queda dicho todo.

—El cargo de Comisionado en Urano tiene asignado un pingüe sueldo, amigo Cy—dijo Peabody benevolentemente.

—Ah, sí, pero apenas si cubre gastos. No olvide que allí las cosas valen, cuando menos, el triple que en la Tierra; y el Comisionado es un personaje que en todo momento debe estar a la altura de su cargo — bajó la voz, acercándose al anfitrión —. Y, luego, no lo diga; es estrictamente confidencial, pero tengo una mujer que ignora el valor del dinero.

Los dos hombres estallaron en risas. Les serví el café y me retiré discretamente.

Más tarde, los invitados fueron marchándose poco a poco, hasta que sólo quedamos, los de la casa. Entre Arlene y yo limpiamos el comedor y las habitaciones que habían sido usadas, y al terminar apagamos las luces.

Entonces descubrimos que hacía una luna espléndida. Pero alguien se nos había anticipado, y Chess y Jackie estaban fuera, en la terraza del exterior, muy influenciados por la luna, a juzgar por el prolongado beso que unía sus labios, haciéndolos olvidarse de todo lo que no fuera ellos mismos.

Arlene lanzó un suspiro.

— ¡Qué envidia me dan!—murmuró, pero su acento estaba desprovisto de odio o de rencor.

—Usted también encontrará cualquier día su príncipe azul, Arlene—dije—. ¿Un cigarrillo?

Meneó la cabeza.

—Gracias, Kabé, no me gusta.

Luego volvió el rostro hacia mí. Sus ojos brillaban extrañamente.

—«Tú» sí que me gustas — dijo, ronroneante.

Mis circuitos se alarmaron.

¡Eh — exclamé—, que yo...!

Arlene se me acercó ondulante, sinuosa, incitante como una ondina.

¡Qué importa lo que seas, Kabé! Tienes la figura perfecta del hombre a quien siempre soñé amar...

Me echó los brazos al cuello.

Intenté retroceder, pero ella me lo prohibió, diciendo:

—Quieto, Kabé; todavía puedo mandar en ti, aunque yo sea una doncella y tú el mayordomo. No te vayas, amorcito...

— ¿Puedo sugerirme que su estabilidad mental ha sufrido un ligero desequilibrio? — murmuré con delicado eufemismo.

Pero ella no pareció ofenderse porque la llamara chiflada por enamorarse de un robot. Colocó una mano detrás de mi nuca y atrajo mi cabeza hacia la suya.

—Kabé, amorcito... — susurró, estremecida de pasión.

Ya estaban nuestros labios a punto de tocarse, con gran resignación por mi parte, cuando, de pronto, estalló una sonora carcajada.

¡Mírala, Chess! — rió Jackie sonoramente—, ¿No te das cuenta? Enamorada de un robot... Arlene, ¿es que no se lo han dicho?

Mi pareja se separó de mí como si la hubiese picado un áspid. Miró a la muchacha con ojos que llameaban de furia.

Por un instante temí que fuese a arrojarse sobre Jackie con intención de sacarle los ojos, y me dispuse a evitarlo, pero, a última hora, Arlene consiguió contenerse.

—Simplemente —dijo—, estaba haciendo una prueba para ver hasta donde responden los impulsos de los circuitos hormonales y endocrinos de un robot. En el caso de Kabé —me miró largamente de arriba abajo—, están todavía un poco lentos en la reacción..., pero creo que con una ligera regulación podrían corregirse. Buenas noches, señorita Jackie. Señor Bogart..., Kabé...

Y, con una singular sonrisa en sus labios, se marchó, caminando como de costumbre.

Chess la miró irse tan embobado, que Jackie hubo de llamarle al orden.

Dijo:

—Eh, tú, que estoy aquí..., y acabamos de prometernos. Kabé, ¿no te parece maravilloso?

Me incliné profundamente.

—Doy mi más cordial enhorabuena a ambos — dije—, y les deseo larga existencia y muchos hijos que les hagan felices.

Jackie se apretó amorosamente contra el joven político.

—Mañana se lo diremos a mi padre. Espero que no ponga ningún inconveniente y nos dé su bendición. Dejaremos que él mismo fije la fecha de la boda..., -con tal de que no sea demasiado lejana, ¿verdad, querido?

Pero al día siguiente no pudieron decirle nada al señor Peabody por la sencilla razón de que había desaparecido.

CAPÍTULO V

Me di cuenta de que el señor Peabody había desaparecido porque era muy exacto en sus costumbres y resultaba rarísimo que no estuviese en su lecho — o, por lo menos, en el cuarto de baño—, a las seis y media de la mañana, que era la hora en que le despertaba puntualmente, excepto el fin de semana.

A pesar de todo, en los primeros momentos no creí en su desaparición. Más bien pensé que habría subido, quizá, a gozar de la salida del sol

desde la terraza superior, pero una rápida mirada me convenció de la futilidad de mis esfuerzos; y el hecho de que faltase su helichorro particular acabó por convencerme de lo que había sospechado desde un principio.

Una breve investigación en su vestuario me indicó que había tomado un traje corriente, uno cualquiera de los que usaba a diario para ir a su oficina, asi como zapatos y todo lo demás. Aquello no era natural; Peabody solía ser muy metódico, y caso de haber tenido que salir precipitadamente, al menos habría tenido la gentileza de llamarme,

para que le preparara una taza de café mientras se vestía.

Porque lo raro era que yo no había percibido nada durante la noche. ¿Y cómo puede ser eso, se preguntará el avispado lector? ¿Es que los robots también duermen?

Pues sí, en cierto modo. La energía que recibimos para el buen funcionamiento de nuestros mecanismos internos proviene de un diminuto atomotor instalado más o menos a la altura del corazón en un humano. Bajo la camisa que cubre mi piel sintética llevo una serie de diales y mandos que me permiten tener siempre, bajo control, el atomotor. Y muchas veces lo descargo de sus tareas, desconectándolo sencillamente. ¿De qué manera? Pues fijando en el circuito de tiempo dos horas: una para sesenta segundos más tarde de haber oprimido el dial correspondiente, con lo cual queda desconectado y parado el atomotor, y otra para un tiempo determinado de antemano, cinco o seis horas, según convenga. Mis mecanismos me «duermen», y ellos me «despiertan», poniendo automáticamente en funcionamiento el atomotor.

Y esto ¡manos de Einstein!, era lo que me había sucedido aquella malhadada noche. De modo que, sumido en mi sueño mecánico, no había podido ver ni oír nada, a partir del momento en que todo el mundo se retiró a la cama.

Bien, pues no me quedó otro remedio que ir despertándoles uno por uno, y cuando estuvieron reunidos en el comedor, les enteré de lo sucedido.

—Arlene — dijo Thea —, prepara café.

—Sí, señora — contestó la rubia mansamente.

Jackie me miró implorante.

—Kabé—dijo—, ¿qué podemos hacer?

Chess se golpeó la palma de la mano con el puño cerrado.

—Eso es obra de los independentistas. Con tal de conseguir lo que desean, son capaces de hacer cualquier cosa.

— ¡Chess! —gritó la muchacha—. ¡Le matarán!

El joven sacudió la cabeza.

—No, en absoluto. Pese al ataque de los pistoleros, no creo que lleguen al crimen. Lo único que les interesa es la inutilización del señor Peabody como gobernador de Urano. El actual pertenece al Partido Independentista y concluye su mandato cuando tu padre empiece el suyo, Jackie.

—Pero, si no aparece, no podrá hacerse cargo de la gobernaduría —arguyó la muchacha, muy compungida.

—Eso es lo que ellos están buscando. El nuevo vicegobernador, Farelli, es independentista, como por tradición debe ocurrir. Cuando el gobernador pertenece a un partido, su posible sustituto pertenece al otro. Entonces, automáticamente, al no presentarse el señor Peabody a tomar posesión de su cargo, Farelli pasarla a ser gobernador de Urano, y las esperanzas de los integristas sufrirían un rudo golpe.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? — Jackie se retorció las manos—. Papá debe aparecer. Tenemos que dar cuenta a la policía, Chess.

—Eso sería contraproducente — terció el ama de llaves—. La noticia se haría pública de inmediato, que es lo que precisamente están deseando los independentistas.

¡A mí no me importa la política! —gritó Jackie—. ¡Yo quiero encontrar a mi padre! —y se fue como una bala hacia el visófono.

Yo fui más rápido que ella.

—Permítame, señorita Jackie— dije—. No lo haga.

Me miró airadamente.

—No tolero que un robot me diga lo que tengo que hacer — exclamó.

—Si usted me lo ordena, me separaré del visófono, pero en mi opinión, eso es lo último que debiera hacer, señorita.

Se volvió hacia Chess.

Preguntó:

— ¿También tú piensas como este condenado montón de tuercas, Chess?

El joven vaciló.

— ¡Pues... Escucha, Jackie...

—No tengo que escuchar nada — dijo la muchacha con repugnancia —. Demasiado lo estoy viendo. A todos ustedes les interesa más la política que mi padre. Pero yo todavía soy su hija...

Chess se puso en pie de un salto.

¡Espera!—gritó—. Todavía no estamos seguros de que haya sido secuestrado. Pudo ir a la oficina...

—Lamentablemente — intervine—, todos los indicios acusan la desaparición del señor Peabody. Que haya sido por su propia voluntad o contra ella, es cosa que todavía no hemos podido aclarar,

—Después de lo que sucedió ayer — exclamó Jackie—, ¿todavía lo dudan?

La señora Kissinger me miró pensativamente.

—Nosotros solos, desde aquí, no podemos hacer nada. Tendríamos que ponerlo en conocimiento de alguien de toda nuestra confianza, con el fin de que pudiera ayudarnos y hacernos sugerencias encaminadas a encontrar al señor Peabody.

—Lo malo es — dijo Chess lentamente—, que ya sólo quedan seis días para la partida.

— ¿Qué quieres decir con eso? — se revolvió la muchacha.

—Sencillamente, que si tu padre no toma la «Davy Crockett», no llegará a tiempo para la ceremonia de la toma de posesión, y Farelli se hará cargo de la gobernaduría de Urano.

—Pero ¡eso es monstruoso!—protestó Jackie—. Mi padre no puede ir porque se lo impiden. Él «no» tiene la culpa; debieran, pues, tenérselo en cuenta.

—Lo único que podría retrasar el cambio de poderes sería una avería de la astronave que lo transportase. Se entiende que se es gobernador desde el momento en que se sale de la Tierra. Entonces, incluso podía hacerse cargo de su empleo la víspera del cese. Pero en estas condiciones, Farelli le sustituiría legalmente, y tu padre perdería su oportunidad.

La muchacha miró hacia Thea.

— ¿Qué me aconseja usted, señora Kissinger?

La aludida se le acercó, acariciándole maternalmente los cabellos.

—Hijita, eso eres tú misma quien ha de resolverlo.

—Pero yo quiero a mi padre. Siempre me peleo con él..., aunque en broma; le quiero mucho y... y...

Arlene entró con el servicio de café. Le tomé la bandeja y empecé a llenar las tazas.

—Pon cuatro, Kabé — dijo Jackie—. Que tome también Arlene.

— ¡Señorita Peabody! —exclamó la doncella con pasmo.

—Yo... — Arlene me miró, como consultándome con la vista—. No sé qué decir... Todo esto es tan nuevo para mí... La policía es lo más indicado..., pero si ustedes no quieren publicidad...

Tomó su café con una gracia y un encanto singulares. De pronto, alargó su mano en la que sostenía aún la taza.

—Ya está —exclamó—. Búsquenle un sustituto.

Thea la miró con enojo.

—Arlene, a veces dudo si tus... sesos están en buen estado. ¿De dónde quieres que saquemos un sustituto? ¿Crees que eso es posible? Tanto daría como anunciarlo en el visidiario...

—Oh, es que no supe explicarme bien—dijo la rubia—. Me refería a un doble.

Hubo una tensa pausa de silencio, después de las palabras de Arlene. Todos nos miramos mutuamente, sin que nadie se atreviera a ser el primero en hablar..., hasta que Jackie lo hizo.

— ¡Un doble! —exclamó.

Chess empezó a animarse. Me miró y yo tuve que rebajar instantáneamente el voltaje de mi automotor.

—Un doble — repitió como un eco —. Pero ¿quién se encargaría de ello?

—Es prácticamente imposible — murmuró el ama de llaves—. No hay tiempo en seis días para instruirle de todo lo que debe saber. Entre nosotros podría pasar, pero ¿qué sucedería cuando se encontrase con

un amigo del señor Peabody y no lo supiera reconocer? El engaño se descubriría de inmediato, ¿no creen?

—No, si ese doble estuviera bien instruido — dijo Chess.

—Y a mi padre, ¡que lo parta un rayo!, ¿verdad?— chilló Jackie—. A saber dónde estará ahora..., quizá en una mazmorra con ratas como conejos...

Chess la atajó:

—No creo que se atrevan a tanto nuestros enemigos políticos. Podrían hacerlo si se tratase de un político de segunda fila, pero no con un hombre de quien se espera sea el próximo presidente. La época de los asesinatos magnicidas ha pasado; si ellos cometieran uno, perderían todas las simpatías, y la gente votaría en masa por los integristas, que es precisamente lo que tratan de evitar.

— ¿Por qué se meterla mi padre en política? — suspiró la muchacha.

—El señor Peabody — dije yo, interviniendo—, es un hombre idealista, que sólo busca el bien de la humanidad, que en el caso presente está en la consecución de la Nación-Sistema. Podría quedarse muy bien en casa, atendiendo a sus negocios o disfrutando sencillamente de su dinero; pero en lugar de ello, prefiere laborar por el bien común. Por eso lo han secuestrado.

—Muy seguro estás de ello, Kabé — murmuró la señora Kissinger.

—Tal como están las cosas, no puede ser de otra forma... —y no pude concluir la frase, porque en aquel momento sonó el zumbador del visófono.

Atendí a la llamada, y sin cortar la comunicación, dije:

—Sería conveniente que viniera usted, señor Bogart.

Chess accedió. Le oímos hablar claramente con Martín Ferebee, uno de los líderes más prominentes del partido integrista, prácticamente su presidente.

—Lo siento mucho, señor Ferebee —dijo el joven, tras un breve intercambio de frases —, pero en este momento no puedo darle ningún detalle. ¿Por qué no se viene usted por aquí?

Ferebee accedió, llegando en media hora escasa, pues Chess le había

expuesto la urgencia de su presencia allí. En cuanto apareció, se le puso al corriente de todo.

El hombre quedó abrumado al enterarse de la noticia. Cuando reaccionó, dijo:

—Podríamos contratar a un detective particular para que investigara.

Chess me miró. Le dije que no con breve movimiento de cabeza.

—Lo siento, señor Ferebee — expresó—, pero no podemos hacerlo. Nadie más ya, aparte de los presentes, debe enterarse de la desaparición del señor Peabody. Corremos el gravísimo riesgo de que pueda llegar a oídos de la prensa, con las incalculables consecuencias que son de suponer.

Ferebee asintió, todavía abatido por el desastre.

— ¿Y qué podemos hacer? — murmuró.

Entonces alguien tuvo una diabólica idea. Y digo diabólica, por lo que dentro de no muchas líneas podrán leer ustedes.

— ¿Quién habló antes de un doble del señor Peabody? — preguntó la señora Kissinger.

—Yo — respondió Arlene —. Insisto en que un doble podría ser la salvación.

— ¿Y cuánto tiempo tendría que actuar? — inquirió Ferebee.

—Pues...

Hubo una pausa de silencio. Nadie se atrevía a responder a la pregunta del líder integrista porque, en realidad, nadie sabía el tiempo que estaría ausente Robert Peabody. Hubiera sido distinto tratándose de una enfermedad más o menos curable, en que entonces puede saberse el tiempo aproximado de recuperación, pero de esta manera..., incluso ignorábamos si los independentistas habían llevado su fanatismo al asesinato.

Volvió a sonar el visófono. Nuevamente lo atendí.

—Casa del señor Peabody — dije.

— ¿Casa del señor Peabody? ¿No será mejor, de la hija del señor Peabody?

Sonó una sarcástica carcajada que pudo ser oída por todos.

El fulano que hablaba no había dado el contacto a la placa visora, así que no podíamos ver su rostro, debiendo contentarnos con escuchar su voz. Un tipo listo, sin duda.

—Creo que se confunde usted...

—No digas tonterías, saco de pernos — gruñó el individuo—. El señor Peabody no está en su casa. Lo tenemos nosotros, bien guardadito hasta la semana que viene. Entonces le soldaremos, sin causarle el menor daño, por supuesto; nuestra inquina no llega a tanto. Nos conformamos con que pierda el viaje a bordo de la «Davy Crockett».

El silencio era absoluto en tanto hablaba el secuestrador. Nadie alentaba y, en medio de todo, no dejaban de ser buenas noticias las que nos estaban dando. Por lo menos, Peabody estaba vivo y no iban a matarlo, lo cual no dejaba de valer lo suyo.

—Insisto en que se confunde, señor — dije, con toda la corrección posible—. El señor Peabody está en casa.

— ¡Imbécil!—aulló el individuo—. Lo tenemos nosotros. ¿O es que no me has oído bien, montón de transistores?

—Mis circuitos auditivos están en perfecto estado, e incluso tienen un regulador automático del volumen de los sonidos que reciben. Eso ha impedido que sus gritos hayan quebrado la vibroplaca auricular. ¡Ejem...! —carraspeé con toda la seriedad de un mayordomo británico —. Si tienen la bondad de venir por casa, el señor Peabody tendrá mucho gusto en recibirles e invitarles a una copa de buen licor. El señor Peabody aprecia mucho las buenas bromas y le gustaría celebrar ésta muy especialmente. Buenos días, señor.

Y corté la comunicación.

El silencio duró unos segundos, transcurridos los cuales, casi todos los presenten se me echaron encima, aullando como fieras.

—Kabé, ¿te has vuelto loco? — gritó Chess.

— ¿De dónde sacas que mi padre va a estar presente cuando lleguen esos tipos a comprobarlo? — preguntó Jackie,

—Este robot se ha descompuesto — dijo Ferebee, más práctico.

La señora Kissinger calló, pero me miró con expresión especulativa. En cuanto a Arlene, su aire era de completo arrobo hacia mí.

Empecé a temer por su salud mental; no es lógico ni sano que una muchacha esté enamorada de un tipo estupendo como Chess y al día siguiente empiece a chiflarse por un robot.

—Lo siento —dije—, pero tengo todos mis mecanismos en perfecto estado de funcionamiento. ¿Tendrían la bondad de aguardarme durante diez minutos, quince como máximo?

Salí de la habitación, sin darles tiempo a reaccionar. Me metí en el cuarto de baño, y durante todo aquel tiempo me entregué a una serie de frenéticas manipulaciones en mi rostro, que lo transformaron por completo. Faltaba un pequeño detalle: no podía improvisar tan rápidamente las canas en las sienes, pero, por el momento, pude arreglármelas con unos pocos polvos de talco. El resto..., bueno, lo hice con una simple lamparilla de alcohol y su calor, amasando en las debidas proporciones las facciones de mi rostro de plástico maleable.

Los diez minutos hubieron de convertirse, a mi pesar, en veinte, porque, además, hube de trasladarme al dormitorio del señor Peabody. Pero al terminar dicho plazo, ya estaba listo.

Me dirigí de nuevo al amplio vestíbulo. Mientras llegaba a él, ajusté mis circuitos vocales.

— ¡Jackie! ¡Jackie! —llamé, imitando en un todo la voz del señor Peabody —. ¿Dónde se ha metido ese diablillo que tengo por hija?

La última frase la pronuncié ya al abrir la puerta. Franqueé el umbral, y en el mismo momento cinco personas se pusieron en pie de un salto.

Los ojos de Chess se desorbitaron.

¡Señor Peabody! —exclamó.

¡Bob! — gritó Ferebee.

¡Papá!—suspiró Jackie, medio segundo antes de caer al suelo, redonda, tan desmayada como un saco de cemento.

La única que no demostró el menor asombro fue el ama de llaves. Me miró, sonriendo imperceptiblemente, y recobró en seguida el dominio de la situación.

—Arlene—dijo—, atiende en seguida a la señorita Jackie.

Casi no hizo falta. Ella se levantó por sí sola, contemplándome con la misma expresión que si viera un fantasma.

Chess avanzó hacia mí, asiéndome fuertemente de un brazo.

—Cuidado — dije—, me va a romper los tensores. He dicho tensores, no tendones.

¡Dios mío!—exclamó, todavía sin creer en lo que estaba viendo. Y oyendo, porque mi voz era absolutamente idéntica a la del señor Peabody.

Ferebee se quitó el cigarro de la boca. Me apuntó con él como si fuera una pistola.

— ¿Crees que podrás mantener la ficción durante un tiempo razonable? — me preguntó.

—Todo el que sea necesario — dije —. Y para evitar posibles fracasos, en estos seis días voy a estudiar intensamente hasta los menores detalles de la vida del señor Peabody — miré a su hija—. Ten cuidado; yo no tendré compasión de ti, y te daré una buena zurra si te desmandas, ¿estamos?

La dejé helada, vamos.

CAPÍTULO VI

Los avances de nuestra civilización exigen, como primer problema planteado de modo ineludible, el conglomerado de todas las fuerzas actuantes. No podemos esperar seguir viviendo y transmitir a nuestros descendientes la esperanza de una vida mejor y más próspera, si nos dividimos, si nos entregamos a la política de fracciones y banderías, atentas más al provecho propio que al bien común, más preocupadas esas fracciones

del interés de su microentidad que no del bien del género humano, que es tanto como decir de todos los seres que pueblan el Sistema Solar.

Hemos de unirnos, pues, en una sola macroentidad, la Nación-Sistema, que englobe a todos los planetas y astros que giran alrededor del Sol, constituyendo un solo bloque monolítico, sin grietas ni fisuras, que un día, quizá, pueda enfrentarse, no bélicamente, por supuesto, con otras supraentidades similares, como seguramente existen en nuestro Universo. Con la ayuda de Dios — me descubrí respetuosamente —, y con la vuestra, así espero conseguirlo.

Sonaron bastantes aplausos. Los «flashes» relampaguearon, en tanto que los objetivos de las cámaras de TV y los micrófonos de radio recogían fielmente mis palabras.

Mientras las cámaras impresionaban ahora vistas de los miembros de mi séquito, los periodistas entraron en acción.

—Gobernador — dijo Ramírez, de la agencia «Europress», — ¿es cierto que postulará usted para presidente?

—Nada más cierto.

— ¿Sostendrá entonces el programa que acaba de anunciar ahora? — preguntó Murphy, del «Tribune».

—Los antiguos pieles rojas solían decir del mentiroso, «hombre de dos lenguas». Yo sólo tengo una.

Rieron. Chess estaba encantado con la agudeza de mis respuestas, lo mismo que Ferebee.

—Señor Peabody — preguntó Du Chateau, del «París-Monde» — ¿cuál es su opinión acerca de la pena de muerte? ¿La mantendrá usted durante su mandato en Urano, o formulará una propuesta para su abolición?

Miré largamente al individuo que acababa de formularme la pregunta. La había envenenado con curare, y todos mis acompañantes, que estaban en el secreto de mi identidad, suspendieron la respiración.

—Seré el más fiel cumplidor de las leyes vigentes— dije con sosiego—. En cuanto a la propuesta para su abolición, recuerde que no puede presentarse ninguna, sobre una ley ya existente, por nadie que tenga propósitos de postular para un cargo más elevado que el que actualmente ostenta. Y recuerde que yo quiero ser el próximo y primer presidente de la Nación-Sistema.

Mi séquito respiró a una.

Otro periodista disparó su dardo.

—-Gobernador, conocemos a su hija, pero la beldad rubia que les acompaña es nueva para nosotros. ¿La tiene empleada en su oficina política?

—No, señor; simplemente está encargada de tomar la temperatura al agua para el café matinal — y cuando las carcajadas hubieron, cesado, dije—: En serio, es la doncella de mi hija.

— ¿No necesita ningún guardaespaldas para las dos bellezas, gobernador?—preguntó otro.

— ¿Qué guardaespaldas? — repregunté —. ¿Acaso ignora usted que las damas no tienen espalda?

Más risas. Los megáfonos empezaron a llamar a los pasajeros a la pista de despegue.

Levanté los brazos en V, con el más puro ademán de político avezado a estos- trances.

— ¡Adiós a todos, amigos! No se olviden de votar por mí dentro de dos años.

Una banda de música, especialmente contratada por el Partido Integrista empezó a tocar la célebre marcha «¡Arriba, Cohetes!». Los fotógrafos despacharon sus últimas placas, en tanto que nosotros nos disponíamos a emprender la ruta hacia la alfombra rodante que nos llevaría al pie de la nave de enlace con la estación espacial.

Pero entonces mis ojos captaron algo extraño. En realidad, no había dejado de estar atento y expectante en todo momento, pese a que mi actitud hubiera podido parecer todo lo contrario.

Un pequeño grupito de hombres avanzó hacia mí. A su frente iba el Comisionado Littlefield, cuyas pupilas arrojaban lumbre.

— ¡No se vayan ustedes!—bramó, dirigiéndose a los periodistas, que ya iniciaban la desbandada —. Tengo que manifestarles algo muy importante.

Chess y yo nos miramos. Iba a suceder lo que tanto habíamos temido durante los últimos días.

Ellos, naturalmente, seguían reteniendo prisionero al legítimo

Peabody. Por lo tanto, sabían que el individuo que iba a partir hacia Urano como su gobernador no podía ser otra cosa que un impostor. Y entonces querían aprovecharse y descubrir el pastel para mejor servir a sus fines políticos.

Los periodistas se arremolinaron en torno a Littlefield.

— ¡Este hombre no es Peabody!—declaró a voz en cuello—. Lo denuncio públicamente como un falsario y un impostor. En realidad, ni siquiera es un humano. Es un robot, cuyas facciones y circuitos han sido modificados para engañar vilmente al pueblo que confía en él.

Hubo un alud de rumores y comentarios. Los independentistas habían esperado el momento más oportuno para descargar su golpe bajo. ¿Quién lo anulaba?

Littlefield sonrió con aire de superioridad.

—Traigo aquí a alguien que puede probar mis palabras. El doctor Sampson.

—Le advierto, Comisionado — dije muy serio —, que mi salud es excelente.

—Como la de todo robot con el atomotor en buen estado de funcionamiento. «Tú» eres un robot y yo te mando que me obedezcas. Tienes que obedecer a los humanos; estás construido para ello.

Me incliné burlescamente.

—Sí, mi señor—dije, mientras «pensaba» furiosamente en cómo salir de aquel atasco —. Oír es obedeceros, mi señor. ¿Qué deseáis de vuestro indigno esclavo?

Sonaron algunas risitas que no contribuyeron a aliviar para nada la irritación del Comisionado.

Jackie adelantó dos pasos.

— ¡Señor Littlefield, está insultando a mi papá! ¿Cree que no conozco al que tengo delante de mí? ¿También va a sostener, delante de la propia hija de Peabody que este hombre que hay aquí no es su padre?

Littlefield movió la cabeza con aire conmiserativo.

—Señorita, a usted la han engañado de modo lamentable. Déjeme probar que éste no es su padre. Será sólo cuestión de segundos.

— ¿Acaso piensa pincharle para que le salga sangre? Si fuera un robot le saldría aceite, ¿no?

La cáustica respuesta de la muchacha levantó otro turbión de carcajadas. Pero el Comisionado no se dejó influir por ello.

—No será preciso llegar a tal extremo. Bastará con que se deje auscultar por el doctor Sampson. ¿Doctor?

El médico se adelantó. No había ya modo de eludir su intervención. Acaso, mediante una rapidísima modificación de mis circuitos, podría imitar los latidos de un corazón e incluso los movimientos de la respiración, pero ¿cómo simular los latidos de una arteria en la muñeca?

A pesar de todo, me dispuse a pasar por aquella prueba. Jackie. Chess, la señora Kissinger y Ferebee se miraban como alelados.

Pero entonces, alguien vino en nuestro auxilio. Fue Arlene, que recurrió a una treta viejísima, pero no por ello menos efectiva.

Se inclinó ligeramente y se subió un tanto la falda, dejando ver las dos piernas más perfectas que mis robóticas pupilas han contemplado jamás.

—Oh, mi liga — exclamó.

Decenas de pares de ojos, incluidos los del médico, se volvieron hacia la rubia. Arlene, impertérrita, como si no tuviese a nadie delante, prosiguió la operación, acaparando la atención de todos los presentes, mientras el Comisionado Littlefield se desgañitaba vociferando cosas que nadie escuchaba.

Al fin, Arlene ce estiró la falda. Entonces vio que todos los rostros se hallaban vueltos hacia ella, y se puso una mano en la boca.

—Oh — exclamó, roja como una cereza.

— ¡Doctor Sampson! —aulló Littlefield por enésima vez.

El galeno avanzó hacia mí.

En aquel instante, un empleado del espaciopuerto se abrió paso a viva fuerza por entre la masa de público.

—Gobernador — gritó—, si no se da prisa, el cohete partirá sin ustedes.

—Oh, no faltaría más. Gracias, amigo mío, Hija,

Littlefield también venía en el cohete. Pero, a pesar de todo, quiso retenerme por un brazo.

— ¡Aguarde, impostor!

Jackie avanzó agresivamente hacia él.

—Si este hombre o robot o demonios es un impostor y, por tanto, no es mi padre, ¿dónde está, quiere decírmelo? ¿Cómo sabe que no es el auténtico Peabody? ¿No sería entonces, acaso, que ustedes, los cochinos independentistas, le tienen secuestrado por temor a su popularidad? Lárguese de una vez, viejo carrasposo, y déjenos a nosotros en paz.

—Jackie, hija —la reprendí—, el señor Littlefield es una persona mayor…

—Pues actúa como si fuera un chiquillo. Vamos, decir que tú no eres mi padre. ¿Dónde está el suyo?— concluyó la muchacha con insultante mordacidad, en medio de las risas de todo el mundo.

—Señor Peabody, por favor…—volvió a insistir el empleado.

—Ya vamos, ya vamos — rezongó Jackie.

Littlefield se había quedado mudo ante la andanada, y no hacía más que boquear, sin prenunciar una sola palabra.

* * *

Cuando al fin estuvimos en órbita libre, ya rumbo a Urano, y en lugar seguro, donde nadie pudiera escucharnos, Jackie dio rienda suelta a sus sentimientos.

Acababa de felicitar a Arlene por su decidida intervención, que nos había salvado del desastre, cuando Jackie rompió a llorar, colgándose de mi cuello,

— ¡Papá, papá! —gemía—. ¿Dónde estará ahora? ¿Qué barbaridades no cometerán con él?

Hice un signo y Chess se nos acercó. Se la traspasé

—Ahí llorará usted mejor, señorita Jackie — dije, señalándole el amplio pecho del joven—. Y en cuanto a su padre, no debe preocuparse por él. Esos tipos no le harán nada y le soltarán en cuanto se den cuenta de que su argucia les ha resultado perfectamente inútil.

—Podrían liberarle y presentarle como el auténtico Peabody — reflexionó la señora Kissinger.

Conectó el circuito de la risa, moderando los impulsos.

—Entonces nadie les creería, sobre todo después de lo sucedido. El legítimo Peabody sería tomado por un falsario y encerrado seguramente por la Policía una buena temporada.

— ¡Qué! ¡Mi padre en la cárcel!—gritó Jackie.

—No estaría mucho tiempo. Ya actuaríamos bajo mano y le haríamos soltar. Pero ahora no se preocupe por ello, señorita Jackie. Repito que no hay por qué temer por la suerte de su padre. Tranquilícese usted y siga desempeñando conmigo la comedia.

—Pero no conmigo — arguyó Chess.

Horas más tarde pude ver a solas a Arlene.

—Lo hiciste muy bien, muchacha — dije—. ¿Por qué?

Bajó las pestañas pudorosamente.

— ¿Es preciso que lo diga? — manifestó.

Empecé a refrigerar mis circuitos.

—Niña, date cuenta de que soy un robot, ¡diablos!, ¿a quién se le ocurre enamorarse de una máquina?

Me echó los brazos al cuello antes de que pudiera prevenirlo.

—A mí — susurró junto a mi oreja—. ¿No es hermoso, Kabé?

Me separé de ella a viva fuerza.

—Sólo me faltaba esto —rezongué—. Si sigues así, te enviaré al psiquiatra de a bordo. Esta nave es muy completa; no carece de nada, ¿entiendes?

— ¿Y por qué no había de enamorarme de ti? Recuerdo el caso de un escultor que labró una estatua de una mujer. La hizo con tal perfección que sólo le faltaba hablar, pero entonces no la quiso vender. Se había enamorado de ella y se pasaba los días muertos sentado frente a la estatua, contemplándola... Ella no podía corresponderle, naturalmente; pero él la amaba más cada día que transcurría.

—Y en cuanto pasaron tres semanas, sus amigos le metieron en el manicomio, ¿verdad?

—Oh, Kabé, ¿cómo puedes decir tales cosas? — se quejó la rubia—. Yo te amo, aunque sé bien que no puedo tener esperanzas, pero me conformo con mi amor correspondido y no pido más para ser feliz. Quizá tú, un día, tus circuitos...

—La memoria glandular de mis circuitos no funciona correctamente — refunfuñé—, de modo que olvídate de mí y anda a atender a mi hija. Recuerda que soy el señor Peabody y que, a solas o en compañía, tienes que llamarme siempre así, ¿estamos?

—Sí, señor Peabody — dijo, dejando resbalar una lágrima por sus hermosas mejillas,

Aquel día, después de la comida, un oficial de la cosmonave se acercó a nuestra mesa. Era un individuo de mediana edad y porte agradable, que dijo llamarse Akratos.

—El capitán le envía sus saludos, señor Peabody — expresó —, y dice que si querría usted contemplar el espacio desde la cámara de observación del puente.

—Con mucho gusto, oficial — repuse.

—La invitación se hace extensiva a los demás miembros de su séquito — manifestó Akratos.

La señora Kissinger se negó.

—Arlene y yo tenemos que hacer. Les ruego nos dispensen. ¿Vamos, Arlene?

El ama de llaves se alejó, seguida por la doncella, quien no había hecho la menor protesta. Jackie las miró salir del comedor, frunciendo el ceño y con una expresión de preocupación retratada en su lindo rostro.

—No sé por qué — murmuró—, pero siempre he tenido la sensación de que la señora Kissinger domina a Arlene de modo absorbente.

—Como si la tuviera hipnotizada, ¿no?

—Justamente.

Akratos nos acompañó hasta el puente, cosa reservada solamente a los personajes de alta categoría, y nos presentó al capitán de la nave. Estuvimos allí charlando un buen rato, en tanto nos enseñaban los instrumentos más sobresalientes, así como las estrellas más destacadas, y luego de un rato, Jackie y Chess se marcharon.

Quedamos solos Akratos y yo. Continuamos aún durante unos veinte minutos, al cabo de los manifesté que me sentía algo fatigado y me retiré a mi habitación a descansar.

Los días fueron pasando, lentos y monótonos. Una vez que se han recorrido unas cuantas decenas de millones de kilómetros, el espectáculo pierde buena parte de su atractivo, y entonces hay que recurrir a las atracciones de a bordo.

Durante el viaje no me relacioné con Littlefield, a quien, por cierto, vi acompañado por dos gorilas de repelente aspecto, en cuyas manos no podían verse, estoy seguro, otros callos que los producidos por el continuo contacto con la culata de una pistola. Se pasaban el día bebiendo y fumando, entre mano y mano de «póquer», cosa nada edificante para un prominente miembro del partido Independentista, pero esto no parecía importarle mucho al buen Littlefield.

Sin embargo, en una ocasión me atreví a llamarle al orden.

El tipo se defendió con suma desvergüenza.

—Usted no puede hacerme nada, no manda en mí.

—Eso es cierto. Pero recuerde que es usted Comisionado Central del Gobierno en Urano, y que yo, como gobernador del planeta, tendré a mi cargo la supervisión de todos los funcionarios. Usted es uno de ellos, ¿no?

Palideció al escuchar lo que quería decirle.

—Yo... usted no...

—Teóricamente, aquí no puedo hacerle nada. Pero recuerde que una

de mis promesas electorales ha sido la de sanear la administración pública, y en este aspecto, los independentistas y usted entre ellos, sobre todo, no son de los que más se distinguen por su higiene moral. Esos dos gorilas que le acompañan no le favorecen en nada, Littlefield.

—Tengo derecho a elegir mis propias compañías, Peabody— dijo el Comisionado, temblando de rabia.

—Y yo tengo el deber de destituir a aquellos empleados públicos que no guarden una vida privada en consonancia con la función gubernamental que desempeñan, ¿estamos?

Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, consiguió sonreír.

—Usted… no podrá hacerme nada — dijo—. ¡Un robot… destituirme a mí!

Solté una suave risita, extrayéndola del circuito correspondiente.

—Sigue empeñado en que soy una máquina — dije —. Si eso es cierto, ¿dónde está el señor Peabody?

Sus dientes chirriaron de rabia al darme la respuesta.

No lo sé. Pero confío en poder demostrar lo que he dicho. Entonces, todo lo actuado será nulo, porque no es regular que un robot ocupe el puesto de una persona humana en lugares electivos, y entonces el nombramiento de Peabody quedaría anulado.

—Y entonces — respondí —, el vicegobernador Farelli, que es de su mismo partido, ocuparía la plaza vacante, ¿no? Si tenemos en cuenta que Farelli sería un títere en sus manos, que se movería según usted tirase de los hilos, entonces la cosa marcharía sobre ruedas, ¿verdad, amigo Littlefield?

El rostro del Comisionado estaba como la cáscara de una langosta. Me miró, como si quisiera fundirme el bobinado con la vista, y luego dio media vuelta y se largó.

Una semana más tarde, cuando yo había aflojado la tensión de mis circuitos, ocurrió el atentado que tanto tiempo había estado esperando. Lo raro fue que no se hubiera producido antes.

CAPÍTULO VII

Me sorprendieron los gorilas, cuando menos lo podía esperar. Uno de ellos apoyó el cañón de su pistola atómica en mi espalda y me conminó:

—No se mueva, gobernador, o es hombre muerto.

Estábamos en una de las cubiertas de paseo de la nave, delicado eufemismo con el que se conoce a un habitáculo de diez metros por tres, dotado de unas cuantas ventanillas

redondas para contemplar al firmamento.

Yo me había retirado allí unos momentos, puesto que quería comprobar el buen funcionamiento de alguno de mis circuitos, y para ello precisaba de soledad. Pero aquellos tipos, sin duda, me habían estado espiando y esperando la ocasión propicia, que al fin les había llegado.

Lo malo era que aquella cubierta de paseo era también una de las de acceso a la nave, y en uno de sus ángulos se veía el semicilindro vertical, de unos dos metros de diámetro, que era la esclusa de entrada por aquel lado. Naturalmente, para evitar posibles imprudencias, una vez en vuelo espacial, la esclusa quedaba cerrada con una llave que era guardada por el oficial de guardia en el puente. Nadie, pues, podía manipular en sus mandos, a no ser una persona específicamente autorizada por el capitán.

—Camine hacia la esclusa, gobernador—dijo el gorila que me encañonaba. El otro estaba vigilando la puerta opuesta.

— ¿Qué es lo que piensan hacer conmigo? Si me lanzan al espacio, moriré, y esto les costará la vida.

El gorila rió silenciosamente.

—Usted no morirá, gobernador. Los robots no mueren por una permanencia de diez minutos en el vacío sideral. Pueden, quizá, sufrir algo por la baja temperatura — congelación del aceite de sus articulaciones, endurecimiento quebradizo de su envolvente de plástico, etcétera —, pero con un tratamiento adecuado «reviven» en seguida. En cambio, un ser humano muere antes de quince segundos de haber sido abierta la compuerta externa.

Inmediatamente comprendí el diabólico plan de aquellos forajidos. Evidentemente, Littlefield era un tipo astuto. Y todavía lo estimé más en este sentido cuando pude ver la diminuta cámara cinematográfica que el gorila llevaba en la otra mano.

—Con esto registraremos todos sus movimientos en el vacío, gobernador—volvió a reír el fulano—. Si es humano..., bueno, un integrista menos, y si resulta ser un robot..., la carcajada se va a escuchar en Próxima Centauro. ¡Adelante!

En aquellos momentos me hubiera gustado ser humano para, a riesgo de ser atomizado, volverme contra el pandillero y atizarle en la mandíbula un buen puñetazo o mascarle la nuez. Pero no podía hacerlo; soy un robot.

La primera y más fundamental de las leyes que componen la trilogía robótica nos prohíbe causar el menor daño a un humano, por acción u omisión. Esta orden es algo consustancial con nosotros, y se nos inserta en el primer circuito, de modo que tratar de violarla es tanto como «suicidarse». El primer circuito está en la salida del atomotor, de modo que si se quebrantase tal ley, automáticamente se fundiría el circuito, y la vida del robot se paralizaría instantáneamente, puesto que todas las líneas que conducen la energía del atomotor al resto de la máquina quedarían cortadas de modo automático. De modo que, como no podía pegarle ese puñetazo, hube de resignarme a caminar hasta la esclusa.

El gorila sacó la llave de apertura y la insertó en la ranura correspondiente. En la pared metálica se abrió un pequeño armarito, donde estaban los mandos de control de la esclusa y accionó el de apertura de la compuerta interior.

—Pasa — dijo secamente.

La segunda ley robótica dice que un robot obedecerá a un ser humano, siempre que sus órdenes no contravengan la primera ley, es decir, que el humano de al robot la orden de causar daño a otro humano, pongo por ejemplo. Y en aquel momento yo no iba a dañar a ningún humano.

Cruce el umbral de la compuerta y ésta giró de nuevo silenciosamente, hasta encajar en su marco.

El gorila me miró riendo a través de la mirilla de observación.

La tercera ley ordena que el robot proteja su propia existencia,

siempre que tal protección no infrinja ninguna de las dos leyes anteriores. Visto esto, no me quedaba otro remedio que obedecer, puesto que para salvarme hubiera sido preciso atacar al humano, y tal gesto estaba prohibido expresamente por la primera de las leyes robóticas. Lo mirase por donde lo mirase, no me quedaba otra alternativa.

El rufián volvió a reír. Su mano movió el mando de apertura de la compuerta externa, después de haber vaciado el aire de la esclusa.

En cuanto noté que el vacío se había hecho en la esclusa, empecé a prepararme para las bajas temperaturas, aumentando paulatinamente el calor interior de mi maquinaria. Harto sabía que esto no podría durarme más de veinte minutos a lo sumo, pero ¿qué otra cosa podría hacer?

Me imaginé lo que sucedería a continuación. Cuando hubiese pasado un tiempo prudencial, aquellos tipos me meterían dentro, más tieso que un poste, y me enseñarían a todo el mundo. Un humano en el vacío estalla literalmente y queda hecho un asquito, la verdad; pero los robots no perdemos nunca nuestro aspecto, a menos que nos caiga encima una casa de diez pisos. Luego, me reanimarían... ¡y entonces todos nuestros esfuerzos se habrían visto condenados al mayor de los fracasos!

La compuerta quedó abierta de par en par, y yo frente a las estrellas, que me contemplaban inmóviles, brindando esplendorosamente en la eterna noche del espacio. Un par de cientos de grados de temperatura negativa me envolvieron con lo que para un humano hubiera sido un letal abrazo.

Pasaron un par de minutos, tiempo más que suficiente para que el gorila registrase mis movimientos con su cámara. Ésta sería la prueba que nos hundiría definitivamente.

Pero entonces sucedió el imprevisto. Arlene penetró en la cámara de paseo.

Supongo que el otro gorila de vigilancia la debió ver llegar y, considerándola hasta cierto punto inofensiva, se dijo que podía permitirle el acceso.

Como de costumbre, la chica penetró con su contoneo habitual, abanicándose el rostro con las pestañas.

El gorila se enterneció como un corderillo. Miró hacia su compañero y

supongo que debió sentirse la mar de aliviado al darse cuenta de que éste no podía verle, ya que le daba la espalda para seguir filmando mi estancia en el vacío. Correspondió a las airadas miradas de Arlene con otro guiño.

Hablaron algo que no pude captar con mis células auditivas; la compuerta era totalmente insonora, a menos que se golpease en ella.

Arlene sonrió y el otro también. La chica se atusó el pelo y el gorila quiso hacer lo propio con su bigote, olvidándose de que no lo tenía. En quince segundos lo dejó tarumba.

Arlene cambió de mano. Se llevó la derecha a las ondas del cogote y puso la izquierda en la cadera, adelantando ligeramente la pierna del mismo lado. El gorila perdió la respiración.

Luego, la rubia giró un poco, dándome la espalda. El gorila giró también, de modo que si no hubiera tenido los ojos tan ocupados en ella, me hubiera visto a mí perfectamente. No se dio cuenta de que asi dejaba la puerta sin vigilar.

Enfundó la pistola y alargó ambas manos para estrechar el talle de Arlene. Entonces, una mano asomó por el marco de la puerta y le atizó en la nuca con el pesado cañón de una pistola atómica.

Mientras el gorila se desplomaba, tan sin sentido como un robot sin atomotor, un hombre penetró en la sala. Lo reconocí al instante.

Era Akratos, el oficial.

Akratos se inclinó, diciéndole algo a la rubia. Entre los dos fueron a arrastrar a un lado el cuerpo del gorila desvanecido, pero en aquel momento el otro se dio cuenta de que algo raro sucedía.

Debió ser el reflejo del cristal de la mirilla de observación, porque de otro modo no se concibe que hubiera podido advertir nada, tan embelesado estaba en grabar mi imagen con la esclusa abierta de par en par.

Se volvió, gritando algo que no pude oír. Trató de echar mano a su pistola, pero la cámara, aunque diminuta, embarazaba notablemente sus movimientos. Akratos se le anticipó, despachándole de un certero disparo que le convirtió en humo en un segundo.

Acto seguido, el oficial corrió hacia la esclusa. Manejó los mandos con frenética rapidez, devolviéndome al interior del navío en contados

segundos.

Era hora ya. Había estado casi diez minutos fuera, y mis mecanismos empezaban a resentirme.

— ¿Se encuentra bien señor Peabody? — preguntó Akratos.

Fruncí el ceño.

—Olga, amigo — dije—, no se haga el desentendido. Demasiado sabe que no soy Peabody. ¿Cree que si lo fuera habría podido vivir ahí fuera, en el vacío, casi diez minutos? ¿Me ha tomado por Superman?

Akratos parpadeó.

—Luego es verdad—murmuró.

—Sí — contesté, tratando de refrigerar el circuito del mal humor, que se me estaba poniendo al rojo vivo—, soy un robot. Pero ahora no lo irá a decir por la red interior de megáfonos, ¿verdad?

Akratos se encrespó.

—Ignoro de qué se trata, señor..., bueno, quien sea; pero si lo han hecho por cubrir de un riesgo al auténtico señor Peabody, cuente con mi colaboración. Soy un fanático del Partido Integrista, señor, como la inmensa mayoría de los navegantes del espacio.

—Conforme, conforme — murmuré —. Gracias por todo..., y punto en boca. Sin embargo, ahora nos queda un problema por resolver. Me refiero a ese gorila que está ahí tendido.

—Ese problema se arregla en seguida, señor Peabody—dijo el oficial, tirando de su pistola.

Alargué la mano, deteniéndole el gesto antes de que fuera demasiado tarde.

— ¡Quieto, Akratos!—dije—. No me gusta que se mate a la gente a sangre fría.

—Ellos lo hubieran hecho con usted — arguyó irritado el astronauta.

Le expliqué:

—Sólo se trataba de un robot que hubiera sido «resucitado» prestamente. Él es un humano..., pese a su apariencia de gorila.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Medité durante medio segundo.

—Quítele la pistola y déjele que se largue. Cuando se despierte no estará muy seguro de lo que le ha sucedido. Además, habiendo desaparecido el otro, junto con su cámara, no tendrán la menor prueba de que sigo siendo un robot y, por la cuenta que les tiene, ya procurarán cerrar el pico.

Akratos asintió, manifestándose conforme con lo que decía. Desarmó al tipo y se marchó, dejándonos solos a Arlene y a mí.

No tardamos mucho en seguirle. Caminamos con cierta circunspección — no hay que olvidar que la rubia era la doncella de mi hija—, y mientras lo hacíamos, dije:

—Te has portado muy bien, Arlene. Pero ¿cómo sabias que me encontraba en una situación tan apurada?

—Fue por casualidad. Vine aquí..., deseosa de admirar las estrellas y escuché las primeras palabras de esos forajidos. Entonces volví corriendo en busca de ayuda... Pedí socorro al primero que me encontré, al señor Akratos. El resto..., bien, ya lo sabe usted...

La miré de soslayo.

—De modo que querías admirar las estrellas, ¿eh?

Desvió púdicamente la vista.

—También... también le vi a usted entrar..., y... y...

Me planté en jarras ante ella.

— ¡Demonios de mujer! ¿Cuándo has de convencerte que entre tú y yo no puede haber nada? Yo soy un robot, mientras que tú...

Ya habíamos llegado a la «suite» que teníamos reservada en la nave. Arlene se dio cuenta de que estábamos solos nuevamente, y me echó los brazos al cuello.

— ¡Quítate de ahí! — rugí, con el circuito de la cólera en máxima tensión.

— ¿Sucede algo? — dijo entonces una voz.

Arlene y yo nos volvimos a un tiempo. Ella exhaló un leve gritito, en tanto que yo mascullaba una imprecación.

—Sucede — rezongué — que esta chiflada tiene los sesos revueltos por mí, por un maldito robot, ¿me entiende, señora Kissinger?

La enigmática mujer nos miró en silencio durante unos segundos, sonriendo de modo complacido, cosa que a mí me supo a fusibles quemados.

—De modo que Arlene se ha enamorado de ti, Kabé.

—Sí, está loca perdida -por un montón de pernos y válvulas. ¿No podría usted hacérselo ver? ¿O tendré que quebrantar la primera ley robótica rompiéndole una silla en la cabeza?

La sonrisa no se borraba de los labios de la bella señora Kissinger.

Alargó la mano.

—Ven, Arlene.

—Sí, señora — contestó la rubia mansamente.

Me arrojó una mirada de carnero degollado y se dejó llevar sin resistencia, remolcada con firme suavidad por la señora Kissinger.

Más tarde me reuní en conciliábulo con Jackie y Chess, explicándoles lo sucedido. El joven sobre todo, palideció al saber que Akratos estaba enterado de mí verdadera identidad.

—Se lo tenía que decir, ¿no? — argüí.

—Sí, pero ¿ya será de confianza ese individuo?

—Me precio un poco de conocer a los humanos — respondí —. Creo que podemos considerarle verdaderamente adicto.

—De buena gana me iría a ver a Littlefield y le sacaría los ojos — exclamó la muchacha, rabiosa.

—Nada de eso — dije—. Tenemos que continuar nuestra vida completamente normal, como si no hubiera ocurrido nada. Hacer algo contra Littlefield sería como abonar con los hechos sus palabras.

— ¿Más todavía que haber permanecido diez minutos en el vacío y continuar vivo?

—Él no lo ha visto. Tiene que fiarse del gorila, quien tampoco ha visto mucho, todo sea dicho, gracias a Arlene. El único que lo vio todo bien fue el que Akratos volatilizó, de modo que éste no cuenta. Y al superviviente se le puede contradecir siempre que se desee. Su palabra contra la nuestra, ¿no?

Asi quedó la cosa…, aunque Littlefield — era fácil suponerlo — no daba la partida por totalmente perdida. Guardaba algunos ases en la manga…, y no tardaría mucho en utilizarlos contra mí…, es decir, contra el señor Peabody.

* * *

Finalmente, llegamos a Urano.

No digo que la totalidad de su población — cuatro millones largos de colones terrestres — saliera a recibirme; hubiera sido demasiado pedir. Pero si se reunió un buen golpe de ellos en el Centro Cívico, naturalmente a cubierto de las bajísimas temperaturas exteriores y de las tempestades de gases helados que azotan casi de continuo la superficie uraniana.

En estas condiciones, es lógico que la vida humana se haya refugiado bajo gigantescas cúpulas, que permiten vivir en condiciones no ya soportables, sino casi completamente normales.

Por supuesto, esto es muy distinto de hace cien años, cuando los primeros exploradores del espacio pusieron su planta en el suelo eternamente helado del séptimo planeta. Al principio, apenas eran los habitáculos más que tiendas estancas, pero, en un siglo, con el afán y el tesón que pone la raza humana…, perdón, terrestre, en alcanzar una cosa, los resultados obtenidos son realmente sorprendentes…

Se vive bajo cúpulas, es cierto, y, lógicamente, su tamaño no puede exceder de algunos centenares de metros, pero esto es cosa que se ha soslayado por medio de cortos túneles de unión, que enlazan entre sí las bóvedas, las cuales forman las ciudades, y algunas de éstas están constituidas por millares de cúpulas, que se extienden a lo largo de kilómetros y más kilómetros de terreno helado, en el exterior, por supuesto.

Cualquiera puede construir una cúpula, siempre que se ajuste a las

disposiciones mínimas sobre seguridad exigidas por las autoridades. En este sentido, hay muchas facilidades, porque el terreno es gratis. No existe especulación, ya que no se concede ningún terreno a quien no esté dispuesto a concluir su cúpula en los seis meses siguientes a la obtención del permiso, pasado cuyo plazo, pierde todos los derechos adquiridos. Ahora bien, una vez instalada la cúpula, entonces puede disponer del terreno libremente, y si tenemos en cuenta que hay cúpulas que miden quinientos metros de diámetro, entonces puede apreciarse fácilmente la cantidad de metros cuadrados que hay disponibles para edificar bajo las mismas.

Es claro que no todo el terreno se destina a la edificación. Las leyes disponen que una porción determinada, que se evalúa según el diámetro de la base de la cúpula, quede para espacios libres, que se siembran de plantas verdes, cuyos ciclos son regulados por medio de rayos ultravioletas, conectados con una central general, la cual determina las auroras y los ocasos, según la «estación» del año, que también es determinada artificialmente, todo lo cual proporciona una similaridad con la vida sobre la superficie terrestre bastante soportable. Incluso, de vez en cuando, se llegan a producir lluvias artificiales, de modo que ya, en este sentido, no hay más que pedir.

Y como, por otra parte, la gravedad es una décima menor que la terrestre, la vida no resulta tan dura. Claro que la temperatura es muy uniforme, que no hay playas con arena dorada ni umbríos valles con lagos azules en su centro, pero todo llega a soportarse; a fin de cuentas, no hay más animal de costumbres que el propio humano.

Y este lugar es donde llegué yo como gobernador. Si llegan a enterarse los uranianos de que próxima autoridad era un robot..., me linchan, seguro.

Después de los inevitables discursos, ramos de flores y saludos a las autoridades y ciudadanos más prominentes, nos retiramos a descansar.

CAPÍTULO VIII

Chess, apenas nos hubimos visto solos, exclamó:

— ¡Uf! Menos mal que ya ha pasado lo más difícil.

Estábamos los tres, ya que la señora Kissinger y Arlene se habían retirado al interior de la casa, con el fin de habituarse a ella y disponerla toda para una perfecta habitabilidad. Considerando los inconvenientes con que es preciso luchar para vivir en Urano, el edificio del

gobernador estaba mejor instalado de lo que habíamos pensado.

—No lo crea—dije, asomándome a una de las ventanas, desde donde podía verse el intenso tráfico de las calles de la capital.

— ¿Por qué lo dices, Kabé? — preguntó Jackie, mordisqueando un bombón.

—Nos quedan dos años por delante. Estimo como muy difícil no cometer un fallo en todo este tiempo. Lo haría un humano, cuanto más un robot.

Jackie se levantó de su asiento, dando un bote.

— ¡Kabé! ¿Quieres decir que en todo este tiempo no va a aparecer mi padre? — gritó.

—Confío en que sí. El señor Ferebee quedó encargado de las gestiones, y su competencia está fuera de toda duda.

—Lo que está fuera de toda duda es que mi padre se halla secuestrado. ¿Por qué se me ocurriría acceder a que aceptase el cargo? — se lamentó, muy irritada.

Chess la tomó de las manos, procurando tranquilizarla.

—Querida — dijo, debes comprender las cosas. Tu padre no se metió en política porque quisiese prosperar o hacerse más célebre, ni tampoco por dinero. Le sobra de todo..., pero es un idealista.

—Pues debiera ser mejor un hombre práctico.

—Los hombres prácticos son los mejores idealistas, porque sólo ellos abrigan ideas que pueden ejecutarse. No verás a ninguno de ellos que se proponga llevar a cabo ningún disparate. Puede que a veces les salgan mal las cosas, pero siempre que intenten algo, hay un mínimo de base que permite esperar su realización.

—A mí me importa un comino todo ese asunto de los ideales y de la política. ¡Que se vaya al diablo el sistema solar, pero que aparezca

papá!

—Su padre aparecerá — tercié—, quizá cuando menos lo espere.

Jackie me miró.

— ¿Y qué hará cuando hayan conseguido rescatarlo? ¿Cómo se va a presentar aquí? Entonces, todo el mundo comprenderá la trampa y su elección como gobernador habrá quedado invalidada.

—Supongo — dije—que no se le ocurrirá venir con su aspecto verdadero.

— ¿Quieres decir que se disfrazará?

—Eso espero. Su padre, señorita Jackie, tiene el suficiente sentido común como para no venir a Urano con su legítima identidad.

—Kabé tiene razón —expresó Chess—. Lo tendrás aquí cuando menos lo esperes.

—Bueno — resopló la muchacha—; vendrá disfrazado de viejo buhonero azotado por el temporal de nieve..., o de Pierrot.

—Jackie— exclamó Chess—, repórtate. No debes hablar así de tu padre, ¿me entiendes?

El acento del joven era verdaderamente enérgico, de hombre, y ello me complació no poco. La chica le miró con verdadero asombro.

— ¡Chess! —dijo, pasmada.

—Tienes que darte cuenta de que has cumplido ya los veinte años y por lo tanto eres una mujer. Los lamentos no sirven de nada, ¿me entiendes? Si vuelves a portarte de esa manera, tendré que darte yo la zurra que tu padre no te ha dado nunca, ¿estamos?

Una nueva luz brilló en los ojos de Jackie.

—Sí, Chess — murmuró, y le echó los brazos al cuello.

—Cuidado—dijo el joven—, no estamos solos.

—Es sólo un robot, querido.

En aquel momento resonó el zumbador del visófono. Fui a tomarlo, pero se me anticipó Chess, quien se había separado de la muchacha al

escuchar el ruido.

—Dispénseme, señor — dijo, guiñándome un ojo.

Asentí con el gesto.

—Tiene razón, Chess — murmuré.

El joven levantó el aparato.

—Residencia del gobernador — dijo.

—Desearía hablar con su excelencia — contestó una voz masculina.

—Primero tendrá que conectar la placa visora, señor —pidió Chess.

—Es igual; el recado que he de darle es muy breve. ¿Es usted su secretario?

—Su secretario político, sí señor.

La voz insistió:

—Bueno, su brazo derecho, ¿no?

—El señor gobernador tiene sus miembros en perfecto estada de funcionamiento, señor—contestó Chess, cargándose de paciencia.

—Seguro. ¿Qué les echa: cortisona para el reumatismo o lubricante de la «New-Shell»?

—Señor, si no tiene nada más que decir, le ruego me dispense. El trabajo...

Sonó una estridente carcajada.

—Los habitantes de Urano se divertirían muchísimo si supieran que están gobernados por un robot—dijo el desconocido.

Mientras que se desarrollaba tal diálogo, yo me fui al otro aparato y llamé a la central de policía, pidiéndole me informasen del número y situación del visófono desde el cual estaban hablando.

— ¿Desea que detengamos al individuo, excelencia?— me preguntó el oficial de policía.

—Sí, pero llévense una camisa de fuerza. Tengo la sensación de que

está un poco chiflado.

—De acuerdo. Se hará como su excelencia ordene.

Luego volví la atención hacia Chess, quien ya concluía su diálogo con el desconocido.

—Dígale a ese impostor que esté atento mañana al correo —rió el individuo.

— ¿El correo? ¿Qué correo? — preguntó Chess, quien obedeciendo a una muda sugerencia mía trataba de entretener al comunicante.

—Pues el que lleva el cartero, imbécil. Dígaselo así, y... ¡Eh! ¡Ustedes no pueden hacer eso! ¡No pueden detenerme! ¡Suéltenme! ¡Soy un ciudadano libre y...!

El desconocido aullaba como un poseído. La placa se iluminó cuando uno de los policías puso en funcionamiento la célula correspondiente.

—Ya lo hemos detenido, excelencia — dijo el oficial —. ¿Qué desea que se haga con él?

—Tráiganmelo aquí. Deseo interrogarlo en persona — ordené.

— ¡No pueden hacerme esto...! —chillaba el humano, pero uno de los policías, sin compasión alguna, le tapó la boca de un puñetazo. En lo sucesivo, el desconocido tuvo que ocuparse de sus dientes, lo cual no le dejaba tiempo para proferir amenazas.

Me volví hacia la joven pareja.

—La policía funciona bien aquí, ¿eh?, Chess, tome nota de los nombres de los agentes que han intervenido en la detención. Hemos de recompensarles.

—Claro. Pero ¿qué es lo que piensas hacer, Kabé?

Le guiñé un ojo.

—Cuando me lo traigan lo verán.

La policía uraniana, en efecto, funcionaba con rapidez. En cinco minutos más estuvo el individuo allí, flanqueado por dos robustos agentes, entre los cuales parecía un chiquillo.

El oficial que mandaba la patrulla me presentó sus disculpas.

—Lamento lo sucedido, señor — dijo—. Políticamente, soy enemigo de su excelencia; pero no me gusta el modo de obrar de ciertos miembros de mi partido.

—Gracias, oficial — dije—. Lo tendré en cuenta para cuando llegue el día de la votación. Y ahora, por favor, déjennos solos con el prisionero.

—Puede hacerle daño—sugirió el policía, temeroso.

Sonreí con suficiencia.

—Sé manejarme, amigo. Gracias, de todas formas. Esperen fuera.

Los policías saludaron y salieron, dejándome solo con el individuo, además de la pareja.

Miré fijamente al tipo durante unos segundos, a fin de ponerle nervioso. Era un hombrecillo menudo, de mirada resbaladiza y hombros que le colgaban del cuello en forma lamentable.

— ¿Cuánto? — pregunté al cabo.

—Cuanto, ¿qué?

—Que cuánto le han pagado por amenazarme.

Se pasó la lengua por los labios.

—No le entiendo, excelencia...

Chess adelantó un par de pasos.

— ¿Quiere que se lo pregunte yo? — exclamó truculentamente.

Levanté una mano con ademán magnánimo.

—No, no quiero violencias en mi presencia. O me lo dice por las buenas o le dejo ir sin más.

El individuo parpadeó, asombrado. Chess, lo mismo. En cuanto a Jackie, seguía con sus .inevitables bombones.

—¿Cómo te llamas?

—O'Felan, Sam O'Felan.

—Te pagaron para que me dijeras eso por el visófono y además echaras la carta que has anunciado al correo, ¿verdad?

— ¿Y qué? No me lo pueden demostrar.

—Pero nosotros sabemos que eso es cierto. Y también, diría que ha sido el amigo Littlefield quien lo ha ordenado, ¿no es así?

O'Felan apretó los labios.

—Excelencia —dijo Chess —, este tipo innoble no está dispuesto a hablar. Déjeme que yo...

—Quieto, muchacho, quieto — dije con benignidad—. No puedo permitir que le hagas daño. A fin de cuentas, yo soy un robot, y los robots no podemos dañar a los humanos, ¿no es cierto? ¿Verdad que el señor Littlefield te lo ha dicho así?

—Puede que sí, puede que no — repuso el hombrecillo con desvergüenza.

—Eso es tanto como reconocerlo implícitamente— repuse—. Pero ya he dicho que no pienso hacerte ningún daño. Soy un robot, ¿verdad?

O'Felan hizo una mueca. Entonces, agité la mano.

—Jackie, hija, tráeme los bombones, ¿quieres?

La muchacha me miró asombrada. Luego, reaccionando, se levantó del diván y se me acercó, con una caja de medio metro en las manos.

—Aquí están, papá.

Miré a O’Felan sonriente.

— ¿No cree que si fuera un robot esta señorita no me trataría como lo está haciendo? — ya había tomado la caja y se la alargué—. ¿Un bombón, amigo?

El hombrecillo lo tomó de modo maquinal y empezó a quitar el papel de estaño que lo recubría.

—Puede estar de acuerdo con usted — dijo, metiéndose el bombón en la boca.

— ¿Usted cree? — sonreí, y de repente, la mirada de O'Felan pareció incendiarse.

El tipo tragó, tosió, escupió, pero ya no había remedio; el bombón estaba ya camino de su estómago.

— ¡Me han envenenado 1—aulló, agarrándose la tripa con ambas manos.

— ¿Envenenar? ¿Quién puede hacer tal cosa? — reí—. ¿No habíamos quedado en que soy un robot? Sí esto es así, no puedo envenenarle, O'Felan; los robots no hacen daño...

Pero el fulano ya no me atendía; se había sentado en el diván, con la cara del color de la ceniza y sudando a mares.

— ¡Usted no es un robot!—chilló—. ¡Busquen a un médico! ¡Pronto! ¡No quiero morir! ¡Socorro, socorro!

Me incliné sobre él.

—Conforme. Le traeremos el médico. Pero antes ha de confesarnos todo lo que sabe.

—Lo diré, lo juro—aulló, lívido de pavor—. ¡MI tripa! ¡Me arde! Llamen al médico, por favor.

—El veneno es lento. Tardará todavía media hora en hacer sus efectos; quiero decir antes de que el antídoto sea ineficaz. Hay tiempo sobrado para que lo declare todo, ¿estamos?

—Sí..., sí..., lo diré todo, lo que quieran. Pero, pronto..., pronto...

Toda oficina importante está provista de un registro de sonidos. La «mía» no iba a ser, por tanto, una excepción.

—La grabadora, Chess — pedí.

—Al momento, excelencia.

O'Felan nos dijo todo lo que sabía, que era bastante. Cuando terminó, dije:

—Chess, échelo.

E1 joven obedeció en el acto. Tomó al individuo por el cuello de su camisa y lo izó a pulso.

—Largo, granuja.

— ¡El médico! —chilló O'Felan—. ¡Me voy a morir! ¡Quiero un médico!

Chess empujó a O'Felan implacablemente hacia la puerta. La abrió y luego le aplicó el píe al final de la espalda con golpe vigoroso. El hombrecillo salió disparado, lanzando un sonoro aullido.

Los dos jóvenes me miraron asombrados, cuando se cerró la puerta.

—Kabé, eres único — dijo Jackie.

—No sé qué sería de nosotros sin ti — exclamó Chess—. Pero ¿cómo se le ocurrió?

—Fue él y su subconsciente. Littlefield puede estar seguro de que yo soy un robot, pero no así O'Felan. Es difícil imbuir una idea como ésta en el cerebro de un mercenario; él podría decirlo, pero no jurarlo. Por tanto, cuando se tragó el bombón, su subconsciente le jugó una mala pasada. Contaba con eso cuando le pedí la caja, señorita Jackie.

La muchacha se colgó de mi cuello y me obsequió con dos sonoros besos.

— ¡Eh, eh! —protesté—. Que está Chess delante.

Jackie lo miró con ojos tiernos.

—De ti no puede tener celos nunca, Kabé..., pero ¡ay de Chess si tu hubieras sido humano...!

Meneé la cabeza.

—No me hubiera gustado ser su esposo, señorita Jackie.

— ¡Cómo! —se sulfuró la chica.

Dije:

—Me hubiese arruinado pagándole cajas de bombones. No, señorita, no.

Los dos humanos se echaron a reír. Cuando terminaron, dije:

—Chess, mañana a primera hora quiero entrevistarme con el Comisionado.

El joven asumió instantáneamente su papel de secretario.

—Sí, excelencia.

Al día siguiente, Littlefield llegó a mi residencia. Quedose esperando en el antedespacho, hasta que yo lo juzgué suficiente, que fue cuando recibí el correo, y en él la carta anunciada el día antes.

La abrí examinando atentamente el contenido. Luego, toqué el dial del interfono y ordené:

—Hagan pasar al señor Littlefield.

El orondo personaje penetró, pavoneándose muy satisfecho. Le indiqué un asiento y luego le mostré la carta y la fotografía, de un tamaño veinticuatro por treinta, en la cual se nos veía a Arlene y a mí estrechamente abrazados.

—Vamos a hablar sin rodeos. Usted obtuvo esta fotografía usando medios digamos no muy limpios, ¿verdad?

Littlefield sonrió cínicamente.

— ¿Qué diría la gente si se enterase de que el gobernador de Urano, postulante para la presidencia del Sistema, anda persiguiendo a las doncellas como, un vulgar tendero?

—Causaría muy mala impresión, en efecto, señor Littlefield —concordé—. Naturalmente, uno es humano— mentí—, y siente ciertas debilidades… ¡ejemmm!…, que sí en un hombre cualquiera pueden ser disculpadas, no sucede así con una persona que ocupa un cargo como el mío, ¿no es eso?

Littlefield se repantingó en el sillón.

—Cierto, amigo. Y si no confiesa paladinamente que es un robot y que está suplantando a su amigo, mejor dicho, a su amo, Robert Peabody, mañana se publicará esta fotografía en la primera plana del «The Uranus Examiner».

—En cualquiera de los dos casos, mi reputación quedaría desecha, ¿no es eso?

—Calcúlelo usted mismo.

—Bien. Pues yo le voy a decir a usted una cosa, amigo Littlefield. Ahora mismo se va a ir a su casa y me enviará, por mensajero especial, todos los clichés y fotografías, sin omitir una sola, ¿me

entiende?, que haya podido obtener de mí en actitudes comprometedoras. Y lo hará... —consulté mi reloj — con un plazo máximo de dos horas. Es decir, antes del mediodía.

Littlefield me miró fijamente un segundo. Después se echó a reír estruendosamente.

Le dejé desahogarse. Cuando terminó, sin decir una sola palabra, puse en funcionamiento la grabadora.

La risa se fue borrando paulatinamente de su rostro, a medida que el diálogo sostenido con O'Felan iba desarrollándose. Cuando terminó de pasar la cinta grabadora, su cara parecía la de un difunto.

—Dos horas, ni un minuto más, Littlefield. De lo contrario.... dejo que medite por sí mismo las consecuencias de lo que sucederá si pongo esta preciosa grabación en manos de la policía. Su cargo no le da inmunidad ante una acusación de conspirar con fines de extorsión, y no lo pasaría muy bien. ¿Estamos?

En completo silencio, se puso en pie y abandonó la estancia,

CAPÍTULO IX

Pasaron algunas semanas, sin otra novedad que un cierto desmejoramiento en el aspecto físico de Jackie, debido a la falta de noticias de su padre, pero sin que en los demás asuntos ocurriera el menor incidente de ninguna clase. Es decir, sucedió uno que, de momento, no parecía tener relación alguna con la delicada situación en que nos encontrábamos. En lenguaje vulgar, aquello

era una bomba de espoleta retardada. Había sido lanzada a los veinte días de nuestra llegada y debería estallar un mes después.

Fue una historia de esas que han sucedido desde que los humanos son humanos. Un tipo apellidado Diasholev mató a su novia y al hombre que estaba con la mujer. Nada nuevo, como puede verse, ni siquiera en el hecho de que Diasholev hubiera premeditado el crimen, porque no fue como consecuencia de un súbito arrebato, sino de algo que ya había pensado el individuo hacía tiempo al enterarse de la infidelidad.

Pero como esto no nos concernía de momento, nosotros, el pequeño grupito que giraba en torno a mi falsa personalidad, continuamos desarrollando nuestra vida con aspecto perfectamente normal. Visitas, recepciones, primeras piedras, discursos... más el trabajo ordinario de oficina, todo cuanto, en fin, compone la rutinaria existencia de un gobernador de planeta.

Seis semanas más tarde, cuando ya habíamos dado por terminada nuestra labor del día y estábamos descansando en uno de los salones de la residencia, Arlene nos anunció una visita.

—El señor Akratos — dijo.

— ¡Caramba!—exclamé—. Ese es el oficial que me salvó la vida a bordo de la «Davy Crockett». Hazle pasar, Arlene.

—Sí, señor — contestó la doncella, arrojándome una mirada de fuego.

Akratos penetró unos segundos más tarde. Aún vestía el uniforme de navegante del espacio y traía la gorra en las manos, haciéndola rodar incesantemente.

Fue relativamente breve en su petición. Se había quedado sin trabajo y quería ver si yo podía proporcionarle alguno.

Le miré fijamente. ¿Me iba a resultar a última hora un vulgar chantajista?

—Chess — dije—, ¿en qué lo podríamos colocar?

El joven hizo un gesto ambiguo.

—No sé... excelencia, esto no es como la Tierra que cuando se quiere sobran empleos por todas partes. Aquí...

—Recuerde que el señor Akratos me hizo un señaladísimo favor, Chess.

—Ya lo sé, excelencia, pero es que, por más que pienso...

— ¡Bueno!—exclamé de repente—. ¿Y por qué no darle un empleo como el que desempeñó de modo honorífico a bordo de la astronave?

Akratos me miró extrañado. En cuanto a Chess, estoy seguro de ello, pensó que se me habían fundido algunas bobinas.

—No le entiendo — optó por decir, para no comprometerse.

—Pues es muy sencillo. Con todas esas cosas que me han ocurrido, yo necesito cuando menos un guardaespaldas...

—La jefatura asigna diariamente dos hombres por su protección, señor — arguyó el joven.

—Bien, pero es que yo quiero uno que sea de mi entera confianza. Los policías, por supuesto, lo son; sin embargo, no se puede estar seguro de que un día los sobornen para hacer la vista gorda cuando un asesino vaya a disparar contra mí, ¿no?

—La policía es independiente en política — objetó Chess—. No «independentista», ni «independiente», ni «integrista», sino independiente en el alto sentido de la palabra. A ella no le importa quién gobierne, sino su función de un modo estricto.

—Claro, claro. Pero no olvidemos que la policía está compuesta por hombres y que éstos tienen sus flaquezas y debilidades—. Miré al ex navegante del espacio—. Estoy seguro de que el señor Akratos, en este sentido sería incorruptible, ¿no es así?

—Por supuesto, excelencia — contestó el aludido.

—Pero no podemos emplearlo con ese nombre, señor— dijo Chess.

Le miré tras haber conectado el circuito de la severidad.

—Cualquiera diría que tiene usted algún motivo particular contra este hombre, Bogart — dije con glacial acento.

El joven se envaró.

—En absoluto. Trato, simplemente...

Intervino Jackie.

—Chess, papá tiene razón. Recuerda que el señor Akratos le salvó la vida.

—Está bien, está bien — refunfuñó el joven—. Que se llame como le dé la gana...

— ¡Chess!—gritó la muchacha—. ¡Estás delante del gobernador!

La cosa empezaba a agriarse.

—Dejen las discusiones para cuando se hayan casado, muchachos—

dije. Me volví hacia el individuo—. Akratos, usted será mi guardaespaldas aunque no figurará con ese nombre, sino con el de amanuense de mi oficina particular, ¿estamos?

Se inclinó.

—Me sentiré muy honrado con el empleo, excelencia— dijo.

—Bien, entonces recuerde que a las nueve en punto empezamos el trabajo. Preséntese mañana por la mañana al señor Bogart.

—Sí, excelencia, y muchas gracias por todo.

—De nada, amigo Akratos. Soy yo quien debe dárselas. Hasta mañana.

Cuando nos hubimos quedado solos, Chess me miró furioso.

—Kabé, diablos, yo no estoy seguro de ese tipo.

—Me salvó en la nave, recuérdelo.

—Quizá estaba todo preparado.

— ¿También la presencia de Arlene allí?

Hubo una pausa de silencio. Después, una voz melosa dijo:

— ¿Se hablaba de mí?

Todos nos volvimos al oír a la doncella, la cual aparecía en el umbral de la puerta, mirándome con expresión ensoñadora.

—Kabé, querido—dijo.

Jackie enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—Habrase visto chica más fresca. ¡Largo de aquí, Arlene!

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—No sé por qué han de tenerme continuamente apartada de Kabé. Yo le quiero y...

— ¡Basta, Arlene!—dijo una voz seca, enérgica.

La doncella pareció encogerle súbitamente, perdiendo buena parte de su arrogante actitud.

La señora Kissinger había llegado sin que nos diéramos cuenta y la miraba con ojos llameantes.

—Retírate, Arlene.

—Sí, señora — contestó la doncella con el tono obediente que le era habitual cuando trataba con el ama de llaves.

Thea nos miró a los tres.

—Les ruego la dispensen. Procuraré que esto no vuelva a suceder más.

Jackie frunció el ceño.

—Me parece que quien lo va a procurar seré yo, señora Kissinger. Sería muy conveniente que fuera buscando un billete para Arlene en la próxima astronave que sale con dirección a la Tierra.

El ama de llaves se quedó de piedra.

—Pero, señorita Jackie...

—No se hable más del asunto. Ya es bastante locura la que hacemos nosotros empleando a un robot como substituto de mi padre, para que sigamos empleando a una individua capaz de chiflarse por una máquina. De todas las cosas raras e incongruentes que he visto, ésta es la mayor.

Thea se enderezó. Sus ojos brillaban.

—Supongo que será una decisión en firme, señorita Jackie.

—Por supuesto, Thea.

—Entonces, lamentándolo mucho, tendré que decir que yo también me veo obligada a abandonar el servicio da la señorita. ¡Buenas noches!

Nos dejó clavados en el suelo.

Chess fue el primero en reaccionar, soltando una serle de palabrotas de grueso calibre.

Jackie trató de amansarle.

—Por favor, Chess, repórtate. Déjame a mí; ya hablaré con ella y procuraré convencerla de que se quede. Realmente, nos es muy

necesaria.

—Nadie es imprescindible en este mundo — gruñó el joven—. Haz lo que quieras, pero aprovéchate ahora de que no estamos aún casados. Luego no podrás hacer tu santa voluntad y... — estaba ya en la puerta y la miró fijamente—, ten presente que nos casaremos en cuanto aparezca tu padre.

— ¡Yupii...! —gritó la chica, tirando al aire una caja de bombones. Vacía, por supuesto.

Luego me miró a mí, con el rostro muy serio.

—Mi padre, Kabé.

Me acerqué a ella, poniéndole la mano sobre el hombro.

—Aparecerá, señorita Jackie, se lo aseguro.

— ¿De verdad? ¿Cómo lo sabes? — preguntó, esperanzada.

—Mejor será que se vaya a dormir; es ya tarde — dije, eludiendo una respuesta concreta.

Jackie me miró de soslayo y luego, sin decir nada, se retiró.

Dos semanas después vino el senador Ferebee.

El hombre se achicó en cuanto supo que no teníamos la menor noticia de Robert Peabody. Precisamente uno de los motivos de su viaje habla sido comunicarnos el completo fracaso de sus pesquisas, ya que ni siquiera se había atrevido a confiar el mensaje a las ondas hertzianas.

—Tenemos que hacer algo, Kabé — dijo —. Han transcurrido ya unos cuantos meses y Peabody sigue sin aparecer.

—Lo hará cuando menos lo esperemos.

—Pues ya era hora de que se dejase ver, ¿no? A fin de cuentas, tú has tomado posesión del cargo en su nombre, de modo que los secuestradores podrían haberlo soltado.

Dije:

—Quizá es que desean inutilizarlo para la presidencia.

— ¡Santo Dios! —exclamó Ferebee, horrorizado—. ¿Es que van a

tenerlo prisionero dos años?

—Los secuestradores son como los niños — apunté—. Nunca se está seguro de lo que van a hacer diez minutos después de haber prometido una cosa. Pero no se preocupe; no hay motivo para ello... Y para que se distraiga, le he preparado una excursión de la cual podrá hablar largo y tendido a su vuelta a la Tierra. ¿Ha esquiado alguna vez sobre los gases helados?

* * *

La noche del espacio nos envolvía a todos al día siguiente cuando salimos fuera de las cúpulas de la ciudad, bien envueltos en nuestros trajes aislantes y provistos de unos esquíes corrientes y vulgares para practicar tan apasionante deporte, el más popular entre los habitantes de Urano, precisamente por la mayor facilidad que tenían de ejercitarse en el mismo.

A unos cinco o seis kilómetros de la capital había una especie de sierra, compuesta por gigantescas colinas de metano, amoníaco y otros gases congelados por la bajísima temperatura reinante en el vacío exterior. La longitud de la cordillera alcanzaba algunas docenas de kilómetros, en tanto que su altura media sobrepasaba los quinientos metros.

Un ciudadano emprendedor había instalado allí un refugio con todos los adelantos posibles para la práctica del esquí, Incluido un telesilla para trepar a lo alto de las colinas sin esfuerzo alguno. Fuimos hasta el refugio en un oruga y una vez allí empezamos el ascenso hasta la colina.

Akratos, naturalmente, nos acompañaba, aunque claramente se veía que al hombre no le gustaba el asunto, pero le era preciso resignarse. En cuanto a mí, siendo Ferebee mi huésped, era lógico que le dedicase mis atenciones.

Llegamos a la colina y descendimos raudamente una vez. Descansamos, tomando una copa en el bar del refugio, después de lo cual Ferebee manifestó deseos de descender de nuevo la pendiente.

—Le ha gustado, ¿eh? — sonreí —. Bien, vamos.

—Papá. — dijo Jackie—, nosotros nos quedamos aquí.

— A vuestro gusto, hija. Hasta luego, Chess.

—Hasta luego, señor Peabody —fingió el joven.

Akratos fue a seguimos, pero se lo prohibí.

—Usted quédese también. No es necesario.

—Como su excelencia ordene.

Después de enfundarnos nuevamente en las escafandras, Ferebee y yo salimos al exterior. Montamos en una silla y emprendimos el ascenso hacia el principio de la pendiente.

Careciéndose de luz natural ya que la del Sol llegaba muy atenuada desde dos mil setecientos millones de kilómetros, era preciso tener iluminado aquel sector a fin de que los esquiadores pudieran descender sin riesgo de romperse las narices contra alguno de los postes del telesilla. Arriba, en la cúspide, había también una buena iluminación, en una zona que formaba como una especie de gran plaza, donde los esquiadores se reunían antes de comenzar sus competiciones.

Más allá de la zona iluminada, la obscuridad era casi total y bajo los últimos postes de luz había rótulos que señalaban la conveniencia de no franquear aquel límite.

—¿Por qué? — preguntó Ferebee, curioso.

Le expliqué:

—El otro lado es muy abrupto y tiene profundos barrancos en los cuales se destrozaría una persona sin remisión.

Ferebee me miró de una manera singular, que me hizo poner sobre alerta todos mis circuitos.

—Tú vas a saltar por ese barranco, Kabé—dijo de repente.

¡Ya ocurrió!, pensé, en tanto veía aparecer en su mano un anticuado y diminuto revólver calibre 38.

—Camina hacia allí, Kabé. Eres un robot y debes obedecerme.

—Sí, señor—asentí, echando a andar.

Mientras caminábamos, dije:

—Eso que hace está muy mal, señor.

—Tú no eres quién para indicar a un humano su modo de obrar, Kabé; recuerda que eres tan sólo una máquina.

—A veces me alegro de serlo — suspiré. Luego inquirí—: ¿Qué sucederá después?

—Encontraremos tu cuerpo, Kabé, completamente destrozado.- El gobernador habrá muerto y Farelli ocupará tu puesto.

—Mal asunto cuando me hagan la «autopsia» y vean que he sido un robot, señor Ferebee.

— Sí, mal asunto — contestó el hombre secamente.

Atravesamos la zona iluminada, metiéndonos en la obscuridad. Pese a todo, la lejana luz del sol proporcionaba una difusa claridad que permitía ver un poco mejor que en la Tierra por la noche.

Pronto llegamos al borde de la barrancada. Era imposible divisar el fondo.

—Tendrás que saltar, Kabé —dijo Ferebee, impasible.

Me volvía hacía él.

—No están seguros del paradero del señor Peabody, ¿verdad?

Su mano se crispó sobre la culata del revólver.

—Ahora, ya todo nos da igual — dijo, muy enojado —. Cuando vean que eres un robot, Peabody ya puede hacer lo que quiera; nadie podrá desmentir la especie de que durante todo este tiempo ha sido substituido en sus funciones por una máquina.

—La verdad — dije meneando la cabeza—, a cada día que transcurre me siento más contento de mi condición de robot. Al menos, si obro como un títere, es porque soy una máquina y tengo la obligación de obedecer al hombre. Pero lo malo es que hay humanos que se creen tales, cuando no son otra cosa que vulgares marionetas que se mueven según tiran de los hilos otros humanos que los emplean a su conveniencia y para el mejor logro de sus bastardos intereses.

Mis observaciones le hicieron temblar de rabia.

—Salta, Kabé.

— ¿Cuánto le ha pagado el amigo Littlefield? —sonreí—. No le importan los fracasos; él, siempre intenta algo nuevo.

—He dicho que saltes. No me obligues a repetírtelo o te atravesaré el cerebro positrónico de un balazo. Entonces te tiraré yo al barranco.

Empecé a pensar. Lo malo era que tenía que obedecerle. Mi obligación es proteger mi propia existencia, siempre que ello no esté en contradicción con hacer daño a un humano... y el daño que podía recibir Peabody era solamente psíquico, no físico.

Una maligna sonrisa apareció en los labios de Ferebee.

—Nunca supuse que fuese un traidor a su propio partido —dije.

—Sólo soy leal a mis propias conveniencias —dijo.

—Claro. Y éstas se han grabado en un buen cheque, ¿verdad?

— ¿Te importa mucho? Por última vez, ¡salta, Kabé!

Miré hacia la barrancada, cuyo fondo no podía divisarse desde el borde donde nos hallábamos. Envié una orden a mis circuitos, pidiéndoles me calculasen el tiempo que tardaría en llegar abajo, teniendo en cuenta que cada kilo mío en la Tierra se reducía a 910 gramos en la superficie de Urano, por la diferencia de gravedades.

Entonces fue cuando un objeto blanco redondo, de unos diez o doce centímetros de grueso, voló por los aires, estrellándose con fuerza terrible contra el pecho de Ferebee. Era una vulgar bola de nieve...; bueno, no tan vulgar, porque era metano helado y no tenía una sola gota de vapor de agua, como sucede en la Tierra.

Ferebee lanzó un agudísimo grito al perder el equilibrio. Vaciló, al borde de la barrancada y extendió los brazos ansiosamente, tratando de encontrar un asidero. No lo encontró, porque la distancia que nos separaba era demasiada y aunque traté de salvarle, como era mi robótica obligación, llegué demasiado tarde.

Akratos se acercó y movió la cabeza con aire de resignación.

—Bueno — dijo—. Un granuja menos.

CAPÍTULO X

Si creíamos que con la muerte de Ferebee, Littlefield habla desistido de sus esfuerzos, estábamos muy equivocados. El Comisionado era tan pegajoso como la melaza y tan testarudo como una mula de Kentucky. O de cualquier otro lugar de la Tierra, porque es lógico suponer que las mulas no saben si viven en Kentucky o en Italia, ¿verdad? No tienen necesidad de aprender geografía.

Naturalmente, la muerte de Ferebee fue achacada a un desgraciado accidente, que nadie, en especial Littlefield, tuvo demasiado interés en desmentir. Se le enterró en paz y, como había dicho Akratos, cuya providencial intervención me había salvado los circuitos, un granuja menos. ¡Hay que ver los humanos; no se puede uno-fiar de ellos!

Pero el Comisionado me guardaba otra bomba y tengo para mí que era su último cartucho. Estaba dispuesto a hacerla estallar bajo mis narices cuando más le conviniera, y en cuanto tuvo la ocasión le arrimó la mecha.

En su función de Comisionado tenía que despachar conmigo muchas veces sobre asuntos concernientes al gobierno de Urano. Un mes después de la muerte de Ferebee se presentó con la bomba bajo el brazo, en forma de condena a muerte.

Sonreía diabólicamente al presentarme los documentos a la firma. Chess estaba a mi lado y se quedó como una estatua de hielo al comprender las perversas intenciones de Littlefield.

Tenía todo el aspecto de un chico que no ha roto un plato en su vida, pese a su sonrisita. Abrió la carpeta y me puso los papeles delante.

Los examiné y al momento tuve que rebajar más que aprisa la tensión de mis circuitos. La bomba de que hablé anteriormente iba a estallar delante de mi cara.

—El tribunal ha dictado su fallo, excelencia—dijo —, y sólo falta que lo convalide usted con su firma para que la sentencia pueda llevarse a cabo.

Hay que ser robot para poder comprender ciertas cosas. Ya sé que a muchos humanos les desagrada e incluso odian la pena de muerte, en

tanto que a otros se les daría una higa de condenar a un semejante suyo a sufrir la más irreparable de las penas, pero yo soy un robot.

Y no puedo dañar a los humanos, ¿me entienden ustedes?

E1 dilema era de órdago, firmaba, quebrantaba la primera ley robótica. Y si no firmaba, me delataba a mí mismo, ya que las condiciones en que se había cometido el delito no permitían la clemencia. Era forzoso que Diasholev muriera en la cámara de gas, que era el medio de ejecución que se utilizaba en Urano.

Traté de ganar tiempo, en tanto que pensaba furiosamente, removiendo hasta el último centímetro de mis bobinas memorísticas, a fin de poder encontrar una solución para aquel caso que se presentaba insoluble.

No podía firmar. Esto era definitivo.

Traté de tranquilizarme a mí mismo, diciéndome que, a fin de cuentas, yo no había condenado a Diasholev, sino los jueces, pero mi mano se negó a responder a los impulsos motores que le enviaban los circuitos correspondientes.

Levanté la vista de los fatídicos documentos y pregunté:

—Si firmo, ¿cuándo se efectuará la ejecución?

—No más tarde de una semana, excelentísimo señor robot — dijo Littlefield, quitándose la máscara.

Me eché hacia atrás en el asiento, golpeándome suavemente los dientes con el cabo de la pluma.

— ¿De modo que insiste usted en que soy un robot? —dije.

Chess dio un paso hacia adelante, lleno de cólera, pero le contuve con un ademán benigno de mi mano.

—Déjelo, Bogart. Estamos en un país libre y cada cual tenemos el derecho de expresar nuestra opinión.

—Siempre que no se ofenda al vecino, excelencia — dijo el muchacho.

—Estamos entre amigos, Bogart. Así es que usted opina que no puedo firmar.

Littlefield sonrió con perversidad.

—No. Y ésta era la ocasión que yo deseaba, robot. La he buscado tanto tiempo, que ya no creía pudiera llegar. Firma, robot — dijo, congestionado por la ira que le causaba el engaño de que había sido objeto.

— ¿Por qué me tiene usted tanta inquina, Littlefield? — pregunté.

—Inquina es poco, robot. Es odio, odio puro hacia el que representas.

—Y que usted no sabe dónde se encuentra en este momento, ¿verdad? Aunque le dijera que soy yo, no me creería.

—Salta a la vista que no es el legítimo Peabody. ¡Vamos, firma o lo proclamaré a los cuatro vientos!

—Es una lástima que se aproveche usted de la vida de un pobre hombre para saciar su codicia política, Littlefield. ¿Ni aun eso le detiene?

—Ni aun eso, robot — contestó con voz chirriante. Estiró el brazo con ademán teatral, haciendo ostentación de su reloj —. Si dentro de un minuto no has firmado, saldré ahí afuera y lo diré a los periodistas. Están esperando la noticia para transmitirla a sus diarios.

— ¿Qué noticia? ¿La de que soy un robot?

—No. Primero la confirmación de la pena de muerte de Diasholev. Después..., después les enteraré de la verdad y solicitaré la formación de un tribunal investigador. Esto puede hacerse cuando se sospecha que ha habido graves irregularidades en la provisión de un puesto electivo. La investigación demostraría de modo suficiente todo lo sucedido en estos últimos meses.

Asentí lentamente. Littlefield calculaba, puesto que ignoraba el paradero del auténtico Peabody, que éste no podría llegar antes de una semana desde la Tierra a Urano. Había medido muy bien el tiempo. Demasiado bien, a mi robótico juicio; y tanto él como yo sabíamos que en aquel caso no existía escapatoria.

Me puse en pie.

—Firmaré — dije—, se lo prometo. Pero ocurre una cosa: siempre he sido muy reacio, personalmente, a la aplicación de la pena de muerte. Le pido diez minutos, diez minutos tan sólo para reflexionar. Pasado ese plazo le dejaré en libertad de actuar.

Littlefield me miró recelosamente.

— ¿No me engaña?

Sonreí con el circuito del desdén al máximo de tensión.

—Los robots lo tenemos prohibido. Una mentira es un daño para un humano, ¿verdad?

Vaciló. Me daba cuenta que le sucedía lo mismo que a O'Felan, que no estaba íntimamente muy seguro de sus manifestaciones.

—Sea—dijo—. Diez minutos. Pero ni uno menos, robot.

—Conforme. Aguárdame aquí. Y usted también, Bogart.

Salí de mi despacho y pasé a la habitación vecina. Akratos estaba allí, sentado en un diván, leyendo tranquilamente una novela policíaca.

—Es hora ya de que actúe, señor Peabody — dije.

El ex navegante del espacio se puso en pie.

— ¿Qué sucede, Kabé?

—Que ya no podemos seguir manteniendo la ficción por más tiempo. Hay que firmar una condena a muerte y yo no puedo hacerlo.

Akratos sonrió.

—Un día u otro tenía que llegar. Bien, supongo que estarán reunidas todas las pruebas.

—Absolutamente.

—Entonces no hay más que hablar. Cambiemos de trajes, Kabé.

En un santiamén nos despojamos de nuestras respectivas vestimentas, y mientras lo hacíamos, le puse al corriente de la conversación desarrollada entre Littlefield y yo. El señor Peabody se quitó la peluca que había llevado, así como los aditamentos de plástico que le desfiguraban el rostro y los cristales de contacto que modificaban el color de sus pupilas. Estiró el cuerpo y sus ojos adquirieron el resplandor que era habitual en ellos.

Me hizo un signo de inteligencia. Yo crucé el índice y el pulgar.

— ¡Suerte!

—Gracias, Kabé.

Se dirigió hacia la puerta, que abrió, penetrando en el despacho con aire resuelto. Yo miré por la rendija, pues no quería perderme la escena, que prometía ser muy interesante.

—Bien — exclamó Peabody —, como puede ver, ya estoy de vuelta. Me han sobrado tres minutos todavía.

—Demasiado tiempo — gruñó Littlefield, irritado—. Un robot no suele perder tanto en pensar si sus circuitos funcionan bien.

—Oh, sonrió Peabody — pasando detrás de la mesa —, pero es que yo no tengo circuitos sino células grises. ¿Dónde hay que firmar?

—Aquí, robot…, si puedes.

Peabody tomó la pluma. Con ella en alto, miró a su interlocutor, ante el pasmo de Bogart.

—Voy a demostrarle que no soy ni he sido nunca un robot, Littlefield — y firmó con rápidos y enérgicos rasgos, sin una duda ni una vacilación.

Al terminar, cerró la carpeta y se la devolvió.

—Ahí tiene, Littlefield. ¿Qué, se convence ahora de que no soy ningún robot?

El individuo estaba atontado. No sabía ni qué decir. Todos los colores del arco iris aparecían y desaparecían en su cara con sin igual rapidez.

Peabody se puso en pie y salió de detrás de la mesa.

—Pero esto no es todo, Littlefield — dijo—. Usted puede pensar que alguien me ha modificado los circuitos. Voy a darle una muestra auténtica de que soy un humano. Los robots no pueden causar daño alguno a los humanos, ¿verdad?

Littlefield aún no se había recuperado; no tenía fuerzas para hablar.

Tardaría algunos días en hacerlo con comodidad. El puñetazo que Peabody le asestó en plena boca le partió los labios, quebrándole de paso algunos dientes. El tipo cayó desplomado sobre el diván, manchándolo con su sangre.

Acto seguido Peabody se acercó a otra puerta y, abriéndola, llamó:

— ¡Oficial de policía!

El aludido penetró al instante. Peabody le señaló a su abatido enemigo político.

—Oficial, llévese detenido a este hombre, acusado de extorsión y conspiración con fines criminales. Oportunamente presentaré las pruebas de mis manifestaciones ante el juez. — Miró a Littlefield, que no hacía otra cosa que gemir y escupir sangre —. Su carrera política ha concluido ya. Y en cuanto al partido independiente, ya puede despedirse de sus aspiraciones. El escándalo que se va a organizar lo borrará como la esponja húmeda lo hace con la tiza sobre el encerado. ¡Fuera, bellaco!

Littlefield se dejó llevar en silencio, sin oponer la menor resistencia.

* * *

Aquella misma noche celebramos una fiesta, sólo para los íntimos, es decir, Peabody, su hija, Chess, Thea, Arlene y yo. Claro está que yo tenía que servir, junto con Arlene, pero esto no impedía que todos estuviésemos la mar de alegres.

Después de la cena vinieron las explicaciones.

—Hacía ya tiempo — empezó diciendo el señor Peabody— que sospechaba de los independentistas. Por ello no me cogió de sorpresa el secuestro. Ni tampoco a Kabé, el cual ya estaba advertido de ello.

—Podías habérnoslo dicho a nosotros — se quejó Jackie.

—Eres mi hija, pero ni aun tú debías saberlo. El plan que me había trazado exigía el más absoluto de los secretos. Con uno que lo supiera, Kabé, era más que suficiente.

—Sí, pero ¿cómo consiguió escaparse de los secuestradores? — preguntó Chess.

Peabody se echó a reír.

—Eran mercenarios y actuaban por dinero. Les ofrecí más, aparte de

la impunidad. Aceptaron, claro y me dejaron ir.

— ¿Y entonces...? — quiso saber Jackie.

—El capitán de la «Davy Crockett» es un buen amigo mío. Me disfracé y ocupé la plaza de oficial de astrogación. Tuve que arriesgarme a decírselo, pero dio resultado la treta.

— ¿Y durante todos estos meses has permanecido bajo el disfraz de Akratos, papá?

—Claro que sí.

— ¿Por qué? Una vez que Kabé hubo tomado posesión de su cargo, podías haber recuperado tu verdadera personalidad.

-Verás, hijita... Sospechaba de Ferebee... y era preciso que le cogiésemos «in fraganti». Además, puesto que ellos jugaban sucio— bastante más que sucio, ya que incluso pretendían mi eliminación física —, ¿por qué no devolverles la pelota? Ellos no actuaron honestamente desde el principio y eso no me gustó. Si llego a presidente, quiero una administración saneada, cosa que no puede estar segura en manos de unos hombres capaces de emplear pistoleros y rufianes para conseguir sus fines.

Sonrió mientras expulsaba el humo de su cigarrillo.

—Me imagino su desconcierto al ver que había desaparecido y no podían hallarme. Todo esto, en su mayor parte, fue idea de Kabé y a él se lo debemos.

Enfrié el circuito del sonrojo.

—Bueno, yo... — dije„

—Gracias a ti — continuó el señor Peabody — se ha resuelto todo, Kabé. Tendré que proponer a la I.R. tu compra definitiva.

—Muy agradecido por el honor, señor Peabody — dije aunque sabía que la Intermundial Robótica no accedería ni tratándose del propio presidente.

—Y ahora — dijo el anfitrión — una noticia sensacional.

Todos le miramos con aire de sorpresa.

—En esto sí que Kabé no ha tenido la menor intervención. Jackie, hija,

tú te vas a casar, ¿verdad?

—Sí, claro... Lo más pronto que podamos...

—Quizá yo te gane — sonrió Peabody.

— ¿Eh? ¿Qué estás diciendo? ¡Papá!

Peabody tenía a su lado a la señora Kissinger. Alargó su brazo y rodeó el todavía esbelto talle de la mujer, la cual, por cierto, no hizo la menor resistencia.

—Jackie, te presento a tu futura mamá. Thea y yo nos casaremos la semana próxima.

— ¡Diablos!—gruñó Chess—. Sí que se lo tenía usted callado.

—Bueno, esto era cosa nuestra, ¿verdad, Thea?

La mujer asintió, muy complacida. Pero la frente de Jackie se arrugó repentinamente.

—Ya sé en lo que estás pensando, hija — exclamó Peabody —. Que Thea es tu ama de llaves, ¿no es eso?

—Papá...—dijo la muchacha, roja como una cereza.

—Te equivocas. Thea Kissinger es doctora en Cibernética. Quiso instalarse en mi casa antes de nuestra boda — hacía ya algún tiempo que nos conocíamos, pero, por razones fácilmente comprensibles, no queríamos hacerlo público—con el fin de estudiar ciertas reacciones emocionales de los robots.

— ¿Qué robots, papá?

—El señor Peabody se refiere sin duda a Arlene.

Hubo una pausa de silencio después de las palabras que yo acababa de pronunciar. Todos los presentes me miraron atónitos.

En cuanto a la interesada, bajó las pestañas pudorosamente, evitando que su vista se encontrase con la de los otros.

—Kabé —dijo Thea—, tú lo sabías.

—Así es, señora Kissinger.

— ¿Cómo te enteraste de ello?

Sonreí.

—Podría decir que desde que la vi a usted estudiando ciertos circuitos de Arlene, después de la tórrida escenita que ésta había sostenido con Chess...

—Es cierto —dijo la doctora Kissinger—. Se me fue un poco la mano en la grabación de las reacciones hormonales y glandulares en los circuitos de Arlene. Por eso las corregí aquella noche, inculcándole, además, la orden de que no debía amar a los humanos, sino sólo respetarlos.

—Y yo que creí que había perdido mi atractivo varonil —se lamentó Chess, cosa que le valió una furiosa mirada de Jackie.

—De todas formas—.continuó la científica—, Kabé, tú podías sospecharlo, pero no tener la certeza absoluta de que Arlene es un robot. ¿Cómo adquiriste tal certeza?

Volví a sonreír.

—Arlene empezó a dedicarme sus atenciones y usted la vio colgada de mi cuello en más de una ocasión. Me bastó la primera vez para saber que era un robot.

—Pero la imitación es exacta, incluso tiene un corazón que le late; respira Igual que un humano..., también le instalé glándulas lagrimales... Se pinta los labios...

—Sí, pero no tiene cosquillas.

Hubo unos segundos de profundo silencio y después estalló una tempestad de risas.

Thea Kissinger meneó la cabeza.

—Kabé—dijo, cuando, se hubo restablecido la calma—, eres único.

—Esas palabras, pronunciadas por una autoridad en materia robótica, son el mejor elogio a que podía aspirar. Y ahora, con el permiso de ustedes...

Dejándoles solos, me llevé a la rubia de allí, conduciéndola a un mirador desde el cual podía verse el maravilloso panorama de la bóveda celeste en todo su esplendor.

Arlene bajó la vista, muy «avergonzada».

—Espero — dije, frunciendo el ceño — que en lo sucesivo sepas comportarte como un robot y no como un humano descontrolado, ¿estamos?

—Sí, Kabé — murmuró mansamente.

— ¿Cuál es tu número de identificación?

—AR-LN 771-Y6 —repuso.

—Claro. Por eso te llaman Arlene, ¿verdad?

Ella me miró fijamente.

—Sí, Kabé. Pero yo te quiero.

—No digas sandeces —gruñí—. Tú no puedes quererme a mí, porque, como yo, eres una máquina. A quien debes querer y respetar en todo momento es al humano, que es de quien dependes, ¿me has comprendido? —Y añadí—: Esos circuitos endocrinos tuyos funcionan con demasiado impulso. Tendremos que rebajártelos.

—Sí, Kabé.

—Bien, pues entonces no hay más que decir. Olvídate de todo esto y recuerda lo que te he dicho.

Miré hacia el cielo.

—Estamos construidos por el hombre — suspiré - y a él debemos respeto y obediencia, lo mismo que él debe a su Creador. Nuestro deber es servirle y obedecerle en todo cuanto nos mande, siempre que no esté en contradicción con la trilogía robótica.

—Sí, Kabé.

—Comparado con la inmensidad del Universo, el humano es menor que una mota de polvo del que flota en el vacío sideral. Pero así como él es la obra del Señor que creó el Universo, nosotros, los robots, las máquinas, somos su obra y tenemos que comportarnos como él quiere que nos comportemos, Arlene.

—Te entiendo perfectamente.

Guardé silencio unos momentos. Luego dije:

—Arlene, hay que servir el café. Los de adentro son humanos.

La muchacha (¿?) hizo aletear sus pestañas.

—Sí, Kabé. Pero… no puedo evitarlo; te quiero —y se marchó, dejándome solo y muy pensativo.

¿Un robot enamorado de otro robot? Cosa de los circuitos, sin duda, ¿no creen?

Tendría que deshacerme de Arlene. Uno ya tiene bastantes líos con su robótica existencia para que venga un robot con una estupenda figura de mujer a complicársela más todavía. Sí, iría al señor Peabody y le diría que rescindiese el contrato con la I.R. Así lograría deshacerme de Arlene.

Eso era lo que yo creía en aquellos momentos.

FIN

[1] En esta misma colección, han sido publicadas las siguientes aventuras de Kabé: núm. 65, **«Memorias de una máquina»**; número 87, **«El país de los robots»**; núm. 91, **«Los trabajos de Kabé»**; número 102, **«Justicia robótica»**; núm. 115, **«Homo mechanicus»**, y núm. 137. **«El planeta de los hombres de oro».** (Nota *del Editor)*